

EL OCCIDENTE.

DIARIO POLITICO.

Año IV.—Núm. 1,221.

PRECIOS DE SUSCRIPCION. Doce reales al mes, llevado a domicilio. PUNTOS DONDE SE SUSCRIBE. En la Administracion, calle del Carmen, num. 69, y en las librerías de Cuesta, calle de M. yor, num. 2; Bailly-Balliere, calle del Principe; Oliveros, calle de la Concepcion; Duran, calle de la Victoria; y Lopez, calle del Carmen.

Miércoles 15 de Diciembre de 1858.

EN PROVINCIAS.

Precios de suscripción. 16 rs. por un mes; 41 por trimestre, haciendo la suscripción por medio de comisionados; y 40 remitiendo libranza a sellos de franqueo. PUNTOS DONDE SE SUSCRIBE. En casa de los correspondientes; en las principales librerías y en las administraciones de correos. En el extranjero y Ultramar: por tres meses, 70 rs.; por seis, 150, y por un año, 250.

Edición de la mañana.

EN MADRID.

MADRID 15 DE DICIEMBRE.

La discusión provocada en la alta Cámara por la enmienda del señor conde de Reus ha venido a reanimar el casi muerto interés que inspiraba la cuestión pendiente entre España y Méjico. Y decimos que estaba en gran manera amortiguado el interés con que en tiempos anteriores era mirada aquella grave cuestión por todos los españoles, sin diversidad de clases ni opiniones, no porque hayan sobrevenido acontecimientos que hiciesen cambiar el rumbo de la opinión pública, que en materias de honra nacional no se tuerce jamás, sino porque esa misma opinión, habiendo ya agotado todos los medios de que dispone para hacer oír sus legítimas exigencias, y conociendo la inutilidad de sus continuos clamores, se había, por decirlo así, resignado a esperar que llegase un día en que el gobierno español saliese de su inexplicable indiferentismo y se resolviese a dar una solución pronta y enérgica a tan desventurado negocio.

Por otra parte, la actitud del gobierno en esta última época, las manifestaciones de la prensa ministerial, los preparativos que se sabían haciendo para disponerse a la próxima eventualidad de una guerra extranjera, y la confianza que inspiraban las dotes de energía y de entereza del general O'Donnell, eran motivos suficientes para creer que no se dilataría por mucho tiempo la aparición de alguna medida decisiva que pudiese en vías de solución las diferencias entre Méjico y España.

En tales circunstancias, la voz de un hombre distinguido como político, como militar y como amante de las glorias de su patria, la voz del conde de Reus, se alza en medio de la representación nacional, para condenar severamente la actitud belicosa de nuestro gobierno, para negar a nuestro país la razón que le asiste en este litigio internacional, y para defender el supuesto derecho de los mejicanos a eludir el cumplimiento de tratados solemnes celebrados con el gobierno español. ¿Cómo no había de conmover profundamente los ánimos y alarmar el sentimiento de nuestra dignidad el inesperado incidente promovido por la enmienda del general Prim? Por mas que este señor senador crea que la opinión pública ha sido intencionalmente estraviada al hacerla formar una falsa idea de los agravios inferidos a España por la república mejicana; por mas que el señor conde de Reus afirme que no se conocen en su verdadero fondo los hechos, y que todos los que han hablado de la cuestión de Méjico lo han hecho sin estudio, sin datos, sin antecedentes del asunto, nosotros sosteniendo que los hechos son, por desgracia, hara notorios; que la prensa los ha consignado, analizado y comparado minuciosamente; que fuera de España han sido apreciados bajo el mismo punto de vista, y que en vano se pretendería atenuarlos para demostrar la sinrazon de nuestras pretensiones y la inculpabilidad del gobierno mejicano.

¿Qué valen los documentos leídos o presentados en la Cámara, documentos, como ayer dijimos, de índole privada, para hacer fé en una contienda internacional de tanta trascendencia? Por grande que sea el valor que se quiera dar a una carta, al dicho de una o mas personas interesadas en el asunto, ¿alcanzarán nunca a probar que Méjico ha cumplido sus estipulaciones con España? ¿Existe, ó no, un tratado solemne, en cuya virtud el gobierno de Méjico se obligó a satisfacer de tal o cual manera los créditos reconocidos a tenedores españoles? Existe ese tratado. ¿Se ha cumplido por parte de Méjico? No: pues todo lo que se diga y declame para justificar las supuestas razones alegadas por aquel país para prescindir de lo estipulado, es completamente ocioso.

Claro es que el gobierno de Méjico no ha de confesar que ha infringido los tratados para eximirse del pago de sus deudas; claro es que ha de haber buscado disculpas y evasivas para cohonestar su conducta; claro es, tambien, que esas evasivas y esas disculpas no han de fundarse en motivos pueriles y de fácil averiguación, sino en hechos de escandalosa magnitud a la par que de difícil prueba. Por eso ha dicho que entre los créditos reconocidos y liquidados los hay ilegítimos y de viciosa procedencia. ¿Y debe bastar esto para que espidamos una patente de inculpabilidad al gobierno mejicano, para que nos resignemos a sufrir con paciencia todas las humillaciones porque ha querido hacernos pasar, para que consentamos en una nueva revision de los títulos, después de haber sido ya revisados en tiempo legal, y establezcamos el funesto precedente de que mañana, con otro pretexto análogo, vuelvan a infringirse los tratados y vuelva a pedirse que se revisen los créditos? No, no podemos consentir semejante escándalo sin sufrir otro ultraje superior a cuantos hemos recibido de aquel país.

La verdad es que Méjico, no contento con burlar nuestra buena fé, con suspender el pago de los créditos, con embargar con irritante in-

justicia estos mismos créditos, con suscitar toda clase de obstáculos y complicaciones a fin de ganar tiempo y eludir sus compromisos, con someter a las mas inicuas persecuciones a nuestros compatriotas, con tolerar que el pabellón español fuese arrastrado y pisoteado en un punto del territorio de la república por el populacho ebrio y desenfrenado, como dijo un señor diputado en las Cortes el año anterior, con autorizar los asesinatos cometidos contra muchos de nuestros hermanos por tropas disciplinadas a cargo del gobierno, y con haber tenido la irrisoria pretension de enviarnos un diplomático que arreglase, de acuerdo con nuestro gobierno, la cuestión pendiente, todavía espera que olvidemos las repetidas ofensas recibidas, que renunciemos a toda satisfacción, que no enviemos nuestros soldados para que tomen por la fuerza de las armas lo que se nos niega por la fuerza del derecho, y sin duda tambien que pidamos humildemente perdón a nuestros ofensores y les autoricemos para que sigan escarneciendo nuestro nombre... ¿Es esto lo que quiere Méjico? La altivez castellana no se lo puede conceder.

Nosotros no abogamos por la guerra a todo trance, no: pedimos la guerra si los medios conciliatorios y pacíficos no son, como hasta aquí no han sido, suficientes a obtener las reparaciones que se nos deben. Creemos mas: creemos que no habrá guerra con Méjico, a pesar de todos los preparativos que se hagan; y no habrá guerra, porque no la querrá Méjico, porque accederá a ser razonable cuando aviste nuestros buques ó escuche el primer cañonazo. Mas hay que convenir en que España no puede permanecer por mas tiempo en la apatía é indiferencia que hasta ahora ha manifestado respecto de la república de Méjico. Es necesario obrar, y no dudamos que el gobierno actual obrará cual cumple a la dignidad de su país y al decoro de su propio nombre.

El secretario de la redacción, E. de Soto

La sesion celebrada ayer por el Senado ofreció el mismo interés que la anterior, por discutirse en ella la enmienda del señor conde de Reus, relativa a la cuestión de Méjico. El discurso pronunciado anteayer con este motivo por el general Prim en apoyo de dicha enmienda, dió ocasion al señor Pastor Diaz para pronunciar ayer una bellísima peroracion, de la cual vamos a dar una ligera idea a nuestros lectores, recomendándoles de paso su lectura, no solamente por la belleza de sus formas y lo delicado de sus conceptos, sino tambien porque en ella encontrarán condensadas todas las razones que el gobierno y la opinión pública tienen para mostrarse disgustados de la conducta del gobierno mejicano.

Entrándose en la órden del dia, su señoría obtuvo la palabra para contestar a una alusion personal que el señor conde de Reus le habia dirigido el dia anterior; pero la usó, en realidad, para contestar a los cargos formulados por el autor de la enmienda contra todos los gobiernos que habian dirigido las negociaciones con Méjico. Empezó el señor Pastor Diaz solicitando la benevolencia del Senado y del señor presidente, porque tal vez se veria en la precision de faltar al reglamento entrando en el fondo de la cuestion, y no tratando sino incidentalmente la personal, que le habia impulsado a pedir la palabra; cuestion muy pequeña, por mas que afectara a su conducta de ministro, en comparacion con la honra de nuestro país y con los intereses de nuestros compatriotas de Méjico.

El primer argumento de que se hizo cargo S. S., fué el relativo a los créditos españoles, logrando en breves palabras poner tan de manifiesto nuestra justicia, que no comprendemos cómo puede sostenerse discusion acerca de este punto después de oír al señor Pastor Diaz.

El gobierno de Méjico, que por medio de solemnes tratados, habia reconocido la validez de nuestros créditos y ordenado el pago de los títulos, ha tenido por conveniente, en tres ocasiones distintas, faltar a esos tratados, suspendiendo el pago de nuestros títulos, y ordenando, sin previo consentimiento de nuestro gobierno, la revision de los créditos españoles. Esta es la cuestion, segun el señor Pastor Diaz. Ahora bien: ¿En qué fundamento ha apoyado la antigua colonia española, el derecho de exigir una revision, que ya estaba hecha, y a la que no la autorizaban en manera alguna los tratados vigentes?

El mismo señor Pastor Diaz nos lo dijo: «En la sospecha de que entre los créditos de nuestra deuda, se habian introducido algunos que eran ilegítimos, porque no reunian las tres condiciones de procedencia, continuidad y actualidad.» Que en la deuda española existan algunos créditos ilegítimos, cosa es que no puso en duda siquiera el señor Pastor Diaz; pero que la ilegitimidad de estos créditos se funde en la carencia de cualquiera de las tres condiciones arriba mencionadas, es un principio erróneo que no puede admitirse. Si todos los créditos debieran ir acompañados de las cualidades de proceden-

cia, continuidad y actualidad españolas, el valor de nuestra deuda quedaria reducido a cero, pues claro es que no pudiendo circular libremente, su posesion seria, si no infructuosa, al menos de muy escasa importancia.

Respecto a que entre los créditos legítimos se hubieran introducido algunos que no lo fueran, el señor Pastor Diaz no titubeó en reconocerlo.

Pero este abuso, al cual es ageno el gobierno español no ha podido servir de motivo fundado para reclamar la total revision de los créditos. Para convencerse de ello basta fijarse un momento en la cuestion. ¿Qué se diria, por ejemplo, de la Francia, de la España, de la Inglaterra ó de otra nacion cualquiera, que después de reconocer una deuda como legítima y de permitir que sus títulos fueran arrojados a la circulacion pública, se negase a pagar los intereses del papel a pretexto de que entre los títulos legales habia algunos de procedencia dudosa, que no reunian las condiciones estipuladas?

No dudamos que esta conducta pareceria a todos injusta, y que la nacion maltratada, cualquiera que fuera su posicion, reclamaria inmediatamente el pago de los intereses, no tan solo por quedar bien puesta su honra, sino tambien porque haciéndolo así, volveria por el crédito de su deuda, profundamente dañada con este golpe.

Pues esto es, ni mas ni menos, lo que ha ocurrido entre España y Méjico.

Pero hay mas: la cuestion que hoy pretende solventarse no es ya pura y simplemente una cuestion de dinero; es algo mas, es una cuestion de honra, de decoro nacional y hasta de humanidad. En Méjico se ha vertido a torrentes la sangre de nuestros compatriotas: el gobierno de aquel país ha visto con la mas punible indiferencia que sus soldados asesinaban alevosamente a los españoles allí residentes, y que saqueaban sus propiedades. El gobierno español, al presenciar esta tan inaudita conducta, no ha podido menos de reclamar con energia; y observando que sus reclamaciones no eran escuchadas, se ha visto en la precision de mandar sus escuadras a Tampico y a Sacrificios para que velen por la vida y por la honra de los españoles.

¿Qué hay en esto de censurable? decia el señor Pastor Diaz.

Esta es la primera señal de guerra, contesta el señor Prim, y esa guerra es la que yo combato, por ser altamente perjudicial a España, por ser injusta, por ser contraria a las prescripciones de la razon y del derecho.

«La guerra con Méjico, será guerra de hermanos, es muy cierto, replica con elocuente voz el señor Pastor Diaz; pero nosotros hemos hecho cuanto podiamos para evitarla, y Méjico, obcecado hasta un punto lastimoso, ha contestado, a nuestros paternales esfuerzos, con el mas injustificado desprecio. Duro es el sacrificio: pero la paz a toda costa, es la humillacion y la barbarie a toda prisas: y nosotros no estamos en el caso de humillarnos hasta la vergüenza ante una turbulenta república que desoye nuestras justas quejas, por mas que esa república se llame nuestra hermana.»

Después de terminar su discurso el señor Pastor Diaz, usaron brevemente de la palabra para alusiones personales los señores Oliver y Zabala. Este último, en las breves palabras que pronunció ante el Senado, aseguró que entre las instrucciones dadas por el gobierno de que él formaba parte, al plenipotenciario español don Miguel de los Santos Alvarez, era la primera, la de que en manera alguna accediese a la revision de los títulos españoles solicitada por el gobierno de Méjico. Esto mismo, que ya habia sido dicho por el señor Pastor Diaz, fué confirmado por el señor Luzuriaga, que tambien usó de la palabra para contestar a una alusion personal que el señor Prim le habia dirigido.

El debate terminó con una larga peroracion del señor Calderon Collantes, en la cual reprodujo S. S. muchos de los argumentos empleados por el señor Pastor Diaz, y con una rectificacion del conde de Reus, que no fué mas que una segunda edicion de su discurso del dia anterior.

S. S., al terminar su réplica, rogó a la mesa se sirviera retirar la enmienda; pero no pudiendo aquella acceder a sus deseos, se puso a votacion, siendo desechada nominalmente por 121 votos contra 1, que fué el del señor Prim. Esta derrota demostrará a S. S. cuán peligroso es oponerse, en cuestiones de tal naturaleza, a lo que piensa y siente la opinion pública, que si no siempre, casi siempre al menos es en esta materia el juez mas competente.

La sesion se levantó a las seis y veinticinco minutos.

La sesion celebrada ayer por el Congreso estuvo lánguida y desanimada. El interés de los debates parlamentarios está hoy concentrado en la Cámara vitalicia.

Abierta a hora mas avanzada que de costumbre, se dió cuenta de que el baron de Córtes, electo diputado por Chelva y Murviedro, opta por el primero de estos distritos.

Juraron los señores Mayans, don Eugenio Moreno Lopez y otros tres diputados.

Con arreglo a lo que previene el reglamento, se procedió al sorteo de secciones.

Desde primera hora se veian en la mesa de la presidencia los presupuestos de gastos é ingresos del Estado.

El señor ministro de Hacienda ocupó la tribuna y leyó el proyecto de ley de los presupuestos generales del Estado para 1859. El presupuesto ordinario de gastos se fija en 1,786 millones, y el ordinario de ingresos en 1,794 millones. Se fijan en 275 millones los gastos afectos a la amortizacion de la deuda, venta de bienes nacionales, etc. La deuda flotante no podrá exceder de 640 millones. Se autoriza al gobierno para modificar las tarifas de los precios de venta de las diferentes clases de tabacos. Quedan prohibidas las dispensas de los derechos por las cruces de Carlos III, Isabel la Católica y San Juan. Estos derechos entrarán en el tesoro, procediéndose a una liquidacion de los fondos existentes en las cajas de las órdenes. Se crea una comision para la revision y reconocimiento de cargas de justicia, y se autoriza al gobierno para que aplique a una seccion del presupuesto los créditos sobrantes de otra.

Por otro proyecto se conceden al gobierno créditos extraordinarios por la suma de 2,000 millones de reales realizables en ocho años con destino a obras públicas, ferro-carriles, material de guerra, reparacion de templos, etc., autorizándose al gobierno para la emision de billetes con interés de 6 por 100.

Respecto a la desamortizacion civil, se conceden a los establecimientos civiles inscripciones de la deuda intrasferible por una suma igual a la renta líquida que al año les producen los bienes vendidos.

Tambien leyó otro proyecto para crear la cantidad correspondiente de obligaciones del Estado, con destino al pago de las subvenciones de los caminos de hierro; otro de autorizacion para cobrar desde 1.º de enero próximo, recaudar é invertir las contribuciones y rentas públicas, con sujecion a los presupuestos de 1859; otro determinando bases para la redencion y venta de los censos; otro para la aprobacion de créditos extraordinarios y supletorios de los presupuestos de 1857 y 1858, y las cuentas generales de 1854.

Pasaron estos proyectos a las secciones, que se reunirán hoy, y se levantó la sesion a las cinco.

El Diario Español, segun sabemos, tendrá que responder ante los tribunales por accion de injuria y calumnia entablada a nombre del Excmo. señor don José de Salamanca, por un párrafo en que falsamente se supone que dicho señor apadrinó revoluciones republicanas.

De lamentar es la conducta que observa el mencionado periódico para deprimir a personas respetables, cuya reputacion se halla fuera del alcance de los tiros de la maledicencia. Semejante pasion, semejante rencor, prueban una parcialidad impotente, que no puede dañar mas que al mismo diario que sin razon ni motivo alguno emplea tales reprobados medios. Así se consigue ademas perder la autoridad y el prestigio, y demostrar un ridículo afan de manchar honras que estan tan altas, por lo menos, como las de los amigos de nuestro colega, de los cuales no nos ocuparemos ahora.

Hallándose ya esta cuestion pendiente del fallo de los tribunales, no decimos mas por hoy respecto de la misma, concretándonos a defender gustosos la reputacion moral y política del señor Salamanca, con cuya amistad nos honramos mucho, cualesquiera que sean las diferencias que puedan separarnos en puntos de conducta política, ya que por la ni por nadie hacemos abstraccion de nuestra independencia ni de nuestras opiniones.

Tiene mucha razon La España cuando dice, ocupándose de los debates sobre la enmienda del general Prim, que la indole especial de esta cuestion no permite que se convierta en arma de guerra contra el actual ni contra ningún otro gobierno que merezca el nombre de español. Cuando la prensa y la voz general han venido censurando a todos los gabinetes que se han sucedido en el mando desde que se inició tan desagradable asunto, por no haber obrado con bastante energia en la demanda de satisfacciones a Méjico, es una cosa incomprensible que se combata al ministerio actual porque se muestra decidido a resolver la cuestion en la forma mas honrosa para el decoro del nombre español.

El titulado presidente interino constitucional de la república mejicana, don Benito Juárez, ha publicado un manifiesto declarando la guerra a España, ó mejor dicho, llamando a

todos los ciudadanos a combatir por la independencia de la patria, amenazada de volver al dominio de la antigua metrópoli. Al ver al improvisado dictador llamando a todos los mejicanos a las armas, se nos figura asistir a la escena representada en el palacio de Sancho Panza, de la última noche de su desdichado gobierno en la insula Barataria. A duras penas logra conciliar el sueño en el castillo de Vera-cruz, único punto de que puede disponer, y se atreve a lanzar ridiculas bravatas contra el poder de España. Pronto veremos hasta dónde llegan los bríos de los hijos de Anahuac, como los llama el rojo Juárez, si es que España insiste, como debe, en exigir el cumplimiento de su derecho y la satisfaccion de sus agravios.

No sabemos qué fundamento pueda tener la noticia de que se hacen eco ayer varios periódicos, relativa a que algunos señores senadores que hoy ocupan altas posiciones en la administracion, no tardarán en poner a la disposicion del gobierno sus destinos, a fin de encontrarse completamente desembarazados en las importantes decisiones que tendrán lugar en la Cámara alta.—El Correo autógrafo desmiente estos rumores.

A la comida que dará mañana jueves el espléndido banquero señor don José Salamanca en su magnifico palacio de Recoletos, están invitados y asistirán muchos individuos de las diferentes fracciones que dividen al partido moderado, pertenecientes todos a las clases de senadores, ex-ministros de la corona y diputados de las Cortes actuales.—Para la recepcion de la noche, que será muy considerable, se han pasado tambien esquelas de convite a un número muy crecido de hombres políticos de diferentes categorías.

La direccion general de ventas de bienes nacionales, en vista de la aglomeracion de espedientes de las mismas, que existen en sus oficinas, ha solicitado el auxilio del personal.

Segun informes de una publicacion autógrafa, parece que el señor don Cayetano de Zúñiga, antiguo director del Tesoro, y actual consejero de Estado, ha pedido su jubilacion, y se cree le será concedida. Parece que le reemplazará en el puesto que deja vacante, el señor don Manuel Moreno Lopez.

El señor marqués de Miraflores citó a Kant al comenzar su discurso sobre insaculaciones. ¿Qué delito tendria que purgar el gran filósofo para ser así tan duramente castigado? La insaculacion va a pasar a la historia al lado de todas las grandes utopías. Tomás Morus y Campanella y Platon van a encontrarse con un consocio, con el noble marqués de Miraflores. El saco va a ser célebre. Lástima grande que sea un saco ya cosa tan prosaica y tan vulgar. Pero ahí los grandes ingenios; se ha necesitado de todo un Miraflores para poetizar un saco. El saco tan ramplon antes es ya una utopia.

Parece que la comision de actas del Congreso ha calificado como graves diez y ocho de aquellas, haciendo la declaracion en otras once, de que los respectivos interesados carecen de actitud legal.

La prensa de Madrid, con pocas excepciones, aplaude la actitud que el general Ros de Olano tomó ayer en el Senado, defendiendo la honra nacional en la cuestion promovida por el señor conde de Reus acerca de Méjico.

Ha muerto en Nueva Orleans, de la fiebre amarilla, el joven Soulé. Este Soulé, que fue agregado a la legacion norte-americana en Madrid, era sobrino del famoso Pedro Soulé, y se dice que ofrecia grandes esperanzas a los anexionistas.

Los presidentes de las cinco repúblicas del Centro-América, deben reunirse en congreso, a fin de llegar a formar una alianza defensiva que les preserve del filibusterismo y del espíritu anexionista de la raza anglo-sajona del otro lado del Atlántico.

Ayer hizo el nuevo embajador francés, monsieur Barrot, su primera visita de etiqueta al ministro de Estado señor Calderon Collantes.

En la Coruña y en Barcelona aguardan el momento de embarque, fuertes contingentes destinados a reforzar el ejército de Cuba. En la Coruña existen 12 oficiales, y 341 soldados, y un fuerte parque de artillería, y en Barcelona 520 hombres que debe conducir el vapor Pizarro.

El gobernador de Fernando Póo participa a nuestro gobierno, con fecha 26 de octubre último, que no habia ocurrido novedad alguna de importancia en aquella isla ni en las demas

de su dependencia; que mejoraba en la población el espíritu público, y que continuaba siendo regular el estado sanitario de las fuerzas navales.

Añade que el 10 del mismo mes había llegado a Fernando Pó la urca *Niña* conduciendo la tropa que ha de guarnecer la isla, y cierto número de presidiarios, procedentes de la Caraca, que ejercerán en aquella sus respectivos oficios. Tanto los individuos de tropa como los presidiarios continuaban a bordo mientras se habilitaba el local conveniente para disponer su traslación a tierra.

Que las obras del hospital continuaban en buen estado de adelanto, hallándose casi terminadas la tablon y techumbre, próximo a construirse las dependencias indispensables en un establecimiento de esta clase, y esperándose que para mediados de diciembre actual se encontraría en estado de poder recibir enfermos.

Que los negros se ocupaban en la descarga de los efectos y pertrechos conducidos por la *Niña* y demás faenas del puerto.

Que desde el inmediato mes de noviembre se detendrían los paquetes en el río Bonuy, enviándose desde aquí en buques pequeños de vapor la correspondencia a los demás ríos a causa del poco fondo de los denominados Camarones y Calabar.

Y por último, manifiesta el gobernador la conveniencia de que en los envíos de dinero que se hagan en lo sucesivo a la isla no se remitan exclusivamente pesetas de nuevo cuño, sino también napoleones franceses, en atención a que no siendo aquellas conocidas en los ríos del continente vecino imposibilitan de todo punto las transacciones mercantiles.

Ayer se recibió en Madrid el siguiente despacho telegráfico:

Cádiz 14.—S. A. R. el Sr. conde de Paris ha llegado hoy a dicho punto, siendo recibido por las autoridades con las distinciones correspondientes a su elevada jerarquía.

Ayer quedaron nombradas las comisiones del Congreso; siendo elegidos 34 diputados para cada una, desde la 1.ª a la 5.ª; 33 para la 6.ª, y otros 33 para la 7.ª.

Los documentos en que apoyaba el señor Prim su enmienda son: varias comunicaciones habidas con motivo de la salida de Méjico del señor Carrera, apoderado de la convención española, la venta hecha por este en Coapa de una hacienda que tenía hipotecada como tal apoderado, y dos cartas confidenciales de don Manuel Díez Bonilla, dirigidas al señor Lozano y Armenta.

El número de diputados que ha jurado anteayer al constituirse el Congreso, ha sido el de doscientos treinta. Para completar el número que previene la ley electoral, tienen todavía que tomar asiento ciento diez y nueve.

El embajador de España en París, señor don Alejandro Mon, fué recibido en las Tullerías por el emperador Napoleón a las dos y media de la tarde del día 12.

Triste cosa es cuando se apela a las suposiciones, entre dos que discuten de buena fé. Es este un recurso de mal género, que si bien puede probar la habilidad del que lo emplea, no abona mucho en favor de la causa que defiende. Pero como no sería bastante poseer todo el talento de Cicerón para probar que a las doce de la noche está en el zenit el astro del día, resulta que todo el ingenio de *La Epoca* y todas las noticias que le suministran del ministerio, a que parece tener particular predilección nuestro colega, no hacen mas que empeorar su causa.

A solo dos puntos concreta ya *La Epoca* toda la defensa que hace del malhadado proyecto de reforma de las órdenes. Es el primero, retornos para que probemos, que el presupuesto del ministerio de Estado va a sufrir un gravamen de \$00,000 rs., suponiendo que hemos asegurado a que nuestro colega nos hace decir, sin haberlo dicho; y en el segundo intenta probar, que el nombramiento del nuevo tesoro de la orden de San Juan se ha hecho, no porque sea la persona en quien ha recaído pariente del señor Calderón Collantes, sino porque es un antiguo y benemérito empleado de la carrera diplomática.

Respecto de lo primero, contestaremos victoriosamente, con solo copiar el párrafo del primer artículo de *El Occidente*, que hace referencia a este punto, el cual dice así:

«El importe de los derechos de títulos con que están gravadas las concesiones de cruces, deben ingresar en el sucesivo en el tesoro; pero no sabemos si, como parece natural, se hará la recaudación por las oficinas de Hacienda, puesto que ellas son las que han de percibir en último resultado lo que se recauda por tal concepto. En este caso, podía haberse reducido el personal de aquellas dependencias al número puramente preciso, o haber encomendado a una de las direcciones del ministerio de Estado la expedición de títulos, como lo hace hoy con los de San Juan, único trabajo que tendrían entonces en que ocuparse las citadas oficinas. De esta manera, resultaría una economía para el tesoro de \$00,000 reales anuales, sobre poco mas o menos, que es a lo que ascendía en el presupuesto el importe de los sueldos y pensiones de los jefes, oficiales y vocales de las asambleas.»

Ya ven nuestros lectores, que nosotros dijimos, que si las oficinas de las órdenes se hubieran incorporado a una sección del ministerio de Estado, resultaría de esta manera una economía de \$00,000 rs., que es próximamente a

lo que asciende, y bien lo saben los inspiradores de *La Epoca*, el presupuesto de dichas oficinas.

En cuanto al segundo punto le diremos, que si no se hubiera atendido a la circunstancia de ser pariente del ministro el agraciado, hay muchos empleados cesantes de la carrera, con tantos o mas méritos que el favorecido, y con mas años de servicios, puesto que el nuevo tesoro no tiene derecho a cesantía, y pasan de veinte los que la disfrutaban, y no han sido elegidos para aquel cargo.

La Epoca ha asegurado con pasmosa serenidad, que en los cinco meses que lleva de ministro el señor Calderón Collantes, solo se han concedido cuatro grandes cruces de Isabel la Católica, son sus palabras testuales, para venir después a confesar, que en vez de cuatro son siete, mas cinco de Carlos III, haciendo caso omiso de las bandas de María Luisa, y pasando por alto las cruces pequeñas de las dos primeras órdenes.

También guarda nuestro colega una prudente reserva, respecto del abuso de estar ocupadas muchas plazas de las asambleas, por empleados activos del ministerio de Estado, a fin de que tengan el privilegio de disfrutar dos sueldos, a pesar de la ley vigente de contabilidad, y con perjuicio de los beneméritos cesantes de la carrera. Nada tampoco se atreve a decir *La Epoca* de tantos otros abusos y justas observaciones, como hemos apuntado en los anteriores artículos.

Bien sabemos que la citada reforma debe discutirse en el Congreso, y antes en la comisión de presupuestos, y para entonces aplazamos el ilustrar con algunos datos mas la opinión de los representantes del país, para saber si es justo que haya oficinas y asambleas compuestas de empleados que nada tienen que hacer, como por ejemplo los fiscales de las órdenes, que servían en otro tiempo para revisar las pruebas que se exigían antes de cruzarse, mientras que en el día nada fiscalizan, pues las cuentas pasan al tribunal mayor de este ramo.

Concluimos diciéndole a *La Epoca*, que ni nos hemos acercado a pretender cruz alguna al ministerio de Estado, porque para nada la necesitamos, ni nos puede parecer exagerada la supuesta escrupulosidad del señor ministro de Estado, después que vemos hasta a los agentes mas subalternos, a las personas de mas pequeña condición social, adornados con cruces de todas las órdenes.

Antiguamente significaba algo llevar una cinta en el ojal; pero hoy, por desgracia, solo prueba que el agraciado tiene o ha tenido algún amigo empleado en la primera secretaría del despacho.

Desengáñese *La Epoca*, hay cosas que pierden mucho con tocarlas, y una de ellas es, las dependencias de las órdenes de Carlos III, Isabel la Católica y San Juan de Jerusalén.

Leemos en *Las Novedades*:

«La votación de anoche para los cargos de vicepresidentes del Congreso, y la elección del marqués de la Vega de Armijo para el primero de estos puestos, viene a corroborar la noticia que publicamos días pasados sobre los esfuerzos que hacia la fracción vilcabrista para dar entrada en el ministerio a uno de sus miembros mas influyentes. El triunfo que ayer obtuvo esta fracción, puede considerarse como la presentación del candidato que ha de reemplazar al señor Posada Herrera.

Segun nuestras noticias, una de las causas que mas han influido en el disgusto con que la unión liberal mira al señor Posada Herrera, es la de haber prestado el ministro de la Gobernación su apoyo, en las pasadas elecciones, a ciertos candidatos moderados que, después de elegidos han tomado una actitud hostil contra el ministerio.

Nosotros creemos que esta será efectivamente una de las causas pero no es la menos importante la consideración de haber gastado mucho el señor Posada en las pasadas elecciones y estar ya bastante maduro para poder caer sin gran esfuerzo, después de las ruidosas discusiones sobre actas.»

Dice *La Discusión*:

«Segun hemos oído decir con referencia a autorizados informes, es posible que para el cargo de secretario del ayuntamiento de Madrid vacante en la actualidad, se nombre una persona que, dejando a un lado sus merecimientos, no reune las cualidades que marca una real orden publicada no hace mucho tiempo sobre este asunto.

Esperamos que algún colega ministerial se apresure a decirnos lo que hay sobre el caso a que aludimos.»

Dice *La Correspondencia*:

«Segun se nos ha asegurado por personas competentes, no hay discordancia alguna en el ministerio sobre el modo de resolver la cuestión de cereales. No conocemos del todo el pensamiento del gobierno, pero creemos saber que se permitirá la importación, bajo reglas y con un derecho bastante a proteger la agricultura, sin que esta protección venga a redundar en daño de las clases pobres, primeras interesadas en la concurrencia y baratura de los granos.»

Por toda la sección de sueltos,
El secretario de la redacción, E. de Soto.

PARTE OFICIAL.

PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.
S. M. la Reina nuestra señora (Q. D. G.) y su augusta real familia continúan en esta corte sin novedad en su importante salud.

MINISTERIO DE LA GUERRA Y DE ULTRAMAR.

(Continuación).

CAPITULO IV.
DE LOS PRIVILEGIOS Y EXENCIONES GENERALES QUE SE OTORGAN A LAS EMPRESAS CONCESIONARIAS.

Art. 16. Los capitales extranjeros que se empleen en la construcción de ferro-carriles o en em-

préstos para este objeto quedan bajo la salvaguardia del Estado, y están exentos de represalias y confiscaciones o embargos por causa de guerra.

Art. 17. Se conceden desde luego a todas las empresas de ferro carriles:

Primero. Los terrenos de dominio público que hayan de ocupar el camino y sus dependencias.

Segundo. El beneficio de vecindad para el aprovechamiento de leñas, pastos, y demás de que disfrutaban los vecinos de los pueblos cuyos términos abrazara la línea, para los dependientes y trabajadores de las empresas y para la manutención de los ganados de transporte empleados en los trabajos.

Tercero. La facultad de abrir canteras, recoger piedras sueltas, construir hornos de cal, yeso y ladrillo, depositar materiales y establecer talleres para elaborarlos en los terrenos contiguos a la línea. Si estos terrenos fuesen públicos usarán de aquella facultad, dando aviso previo a la autoridad local; mas si fuesen de propiedad particular, no podrán usar de ellos si no después de hacerlo saber al dueño o su representante por medio de aquella autoridad y de haberse obligado formalmente a indemnizarle de los daños y perjuicios que se le irroguen.

Cuarto. La facultad exclusiva de percibir, mientras dure la concesión, y con arreglo a las tarifas aprobadas, los derechos de peaje y de transporte, sin perjuicio de los que puedan corresponder a otras empresas.

Quinto. El abono mientras la construcción y 10 años después del equivalente de los derechos marcados en el arancel de aduanas y de los fardos, portazgos, pontazgos y barcajes que deban satisfacer las primeras materias, efectos elaborados, instrumentos, útiles, máquinas, carruajes, maderas, coque y todo lo que constituya el material fijo y móvil que deba importarse del extranjero y se aplique exclusivamente a la construcción y explotación del ferro-carril concedido. La equivalencia de tales derechos se fijará, respecto de las empresas constructoras, en el decreto de concesión del camino. Y respecto de las de explotación, la fijará anualmente el gobierno superior civil de la isla, observando los trámites que se establezcan en el reglamento.

Sexto. La exención de los derechos de hipoteca devengados hasta ahora y que se devengaren por las traslaciones de dominio verificadas en virtud de la ley de espropiación.

CAPITULO V.

DE LA CADUCIDAD DE LAS CONCESIONES.

Art. 18. Las concesiones de los ferro-carriles caducarán si no se diese principio a las obras ó si no se concluyese el camino ó las secciones en que se divida dentro de los plazos señalados en ellas, salvo los casos de fuerza mayor. Cuando ocurra alguno de estos casos y se justifique debidamente, podrá el gobernador superior civil de la isla prorrogar los plazos concedidos por el tiempo absolutamente necesario, dando cuenta a mi gobierno; pero al fin de la prórroga caducará la concesión si dentro de aquella no se hubiere cumplido lo estipulado.

Art. 19. También caducará la concesión si se interrumpiere total o parcialmente el servicio público de la línea por culpa de la empresa en el caso previsto en el art. 36.

Art. 20. De la resolución del gobernador superior civil, declarando la caducidad, podrá el concesionario reclamar por la vía contencioso-administrativa dentro del término de dos meses, contados desde el día en que se le participe. Si no reclamase dentro de este plazo, se tendrá por consentida aquella resolución y no habrá contra ella recurso alguno.

Art. 21. Siempre que se declare definitivamente caducada una concesión quedará a beneficio del Estado el importe de la garantía que se le haya exigido al concesionario.

Art. 22. Declarada definitivamente la caducidad, se sacará a subasta la concesión anulada.

Art. 23. El tipo para esta subasta será el importe a que asciendan, segun la tasación que se practique, los terrenos comprados, las obras ejecutadas y los materiales de construcción y explotación existentes, con deducción de los auxilios o subvenciones otorgadas al concesionario y entregados al mismo en terrenos, obras, metálico u otra clase de valores.

Art. 24. Si abierta la subasta no se presentare postor dentro del plazo señalado, se sacará a nueva licitación por término de dos meses y bajo el tipo de las dos terceras partes de la tasación; y si aun así no se rematase, se anunciará la tercera y última subasta por término de un mes y por la mitad de dicha tasación.

Art. 25. Después de esta tercera subasta sin efecto, mi gobierno podrá proceder a construir y explotar la línea por administración o por contratos particulares.

Art. 26. Verificada la adjudicación de la línea en cualquiera de las tres expresadas subastas, se deducirá del precio del remate el importe de la garantía que el concesionario hubiese sacado del depósito para invertirla en las obras al tenor de lo dispuesto en el art. 10, y el de los gastos de tasación y subasta, entregándose el resto al concesionario en quiebra o a sus legítimos representantes.

CAPITULO VI.

DE LAS CONDICIONES DE ARTE A QUE DEBEN AJUSTARSE TODAS LAS CONSTRUCCIONES DE FERRO-CARRILES.

Art. 27. Los ferro carriles se construirán con arreglo a las condiciones siguientes:

Primera. El ensanche de la vía o distancia entre los bordes interiores de las barras carriles será de un metro 44 centímetros, o un metro 45 centímetros.

Segunda. El ancho de la entre-vía será de un metro 80 centímetros.

Tercera. Las demás dimensiones, así como las condiciones de arte, se fijarán en cada caso particular por mi gobierno.

Cuarta. Los ferro-carriles podrán construirse con una o dos vías, o combinando ambos sistemas; pero la esplanación y las obras de fábrica habrán de hacerse siempre en los caminos de primero y de segundo orden como para soportar la doble vía.

CAPITULO VII.

DE LA EXPLOTACION DE LOS FERRO-CARRILES.

Art. 28. Todo ferro-carril tendrá dos aprovechamientos distintos: el de peaje y el de transporte. El aprovechamiento de peaje consiste en la retribución que ha de darse a la empresa concesionaria a al Estado por el uso del ferro-carril. El de transporte, en el tanto de conducción o traslación por persona y efectos.

Art. 29. Los precios de uno y otro serán los que

Art. 30. En el pliego de condiciones de cada concesión se comprenderán los servicios gratuitos que deban prestar las empresas y las tarifas especiales para los servicios públicos, figurando entre los primeros la conducción de los correos ordinarios a las horas que fije el gobierno superior civil de la isla.

Art. 31. A nadie podrá impedirse el establecimiento de empresas de conducción pagando el peaje de tarifa.

Art. 32. Pasados los cinco primeros años de hallarse en explotación el ferro-carril, y después de cinco en cinco años, se procederá a la revisión de las tarifas. Si el gobernador superior civil creyese que, sin perjuicio de los intereses de la empresa, pueden bajarse los precios de ellas y esta no conviniere en la reducción, podrá, sin embargo, llevarse a efecto por un real decreto, oyendo previamente mi gobierno al consejo de Estado, y garantizando a la empresa los productos totales del último año y además el aumento progresivo que hayan tenido por término medio en el último quinquenio.

Art. 33. Las empresas podrán en cualquier tiempo reducir los precios de las tarifas como tengan por conveniente, poniéndolo en conocimiento del gobierno superior civil de la isla. En este caso, lo mismo que en el comprendido en el artículo anterior, se anunciarán al público con la debida anticipación las atracciones que se hagan en las tarifas.

Art. 34. En todas las líneas se establecerá un telégrafo eléctrico con los hilos que se determine en la concesión de cada una. La construcción y conservación será de cuenta de las empresas, y el servicio de la correspondencia oficial y privada correrá a cargo del gobierno, cuyos empleados estarán a la vez obligados a desempeñar el especial de las líneas si las empresas lo pidieren.

Art. 35. Toda empresa concesionaria está obligada a mantener el servicio de conducción o a procurar por contratos particulares.

Art. 36. Cuando por culpa de la empresa se interrumpa total o parcialmente el servicio público del ferro-carril, el gobernador superior civil tomará desde luego las disposiciones necesarias para asegurarlo provisionalmente a costa de aquella, dando cuenta a mi gobierno. En el término de seis meses deberá justificar la empresa concesionaria que cuenta con los recursos suficientes para continuar la explotación, pudiendo ceder esta a otra empresa o tercera persona, previa autorización especial de mi gobierno. Si aun por este medio no continuara el servicio, se tendrá por caducada la concesión, observándose en su consecuencia lo dispuesto en los artículos 19, 20, 22 y siguientes del capítulo V de este real decreto.

Art. 37. La explotación de los ferro-carriles del Estado se hará por el mismo o por empresas que contraten este servicio en pública subasta, segun se considere mas conveniente a los intereses públicos.

Art. 38. En cada concesión se determinará la manera en que el gobierno ha de ejercer la intervención necesaria para mantener en buen estado el servicio de los ferro-carriles y asegurarse de los gastos e ingresos de las empresas.

Art. 39. En las leyes y reglamentos especiales que se formen para la policía de los ferro carriles se determinará lo conveniente sobre la conservación y seguridad de cada camino y de sus obras, observándose en el entretanto las disposiciones vigentes sobre carreteras en cuanto sean aplicables a los ferro carriles.

CAPITULO VIII.

DE LOS ESTUDIOS DE LAS LINEAS DE FERRO-CARRILES.

Art. 40. El gobierno superior civil de la isla dispondrá se hagan desde luego los estudios o se completen los que existan comenzados sobre las líneas de primer orden comprendidas en este real decreto por comisiones de ingenieros nacionales o extranjeros, para que por ellos y segun los planos y presupuestos que formen y sean aprobados se proceda a la construcción de dichas líneas.

Art. 41. Para cubrir los gastos de estos trabajos se consignarán en el presupuesto ordinario las cantidades necesarias.

Art. 42. El gobernador superior civil podrá autorizar a los particulares y compañías para que verifiquen estudios con el fin de reunir los datos y documentos que, segun lo prescrito en los arts. 13 y 14, son necesarios para obtener la concesión de una línea, sin que por esta autorización se entienda conferido derecho alguno contra el Estado, ni limitada de ninguna manera la facultad que tiene el gobierno para conceder iguales autorizaciones a los que pretendan el estudio de la misma línea.

CAPITULO IX.

DE LAS COMPAÑIAS POR ACCIONES PARA LA CONSTRUCCION Y EXPLOTACION DE LOS FERRO-CARRILES.

Art. 43. La constitución de compañías por acciones que tengan por objeto la construcción y explotación de los ferro-carriles se sujetará a lo dispuesto en la real cédula de 19 de octubre de 1853, en cuanto no sea modificada por las disposiciones siguientes:

Primera. El capital social será cuando menos igual al importe total de las obras de construcción y del material de explotación de la línea que se proponga adquirir la compañía.

Segunda. Suscritas que sean las dos terceras partes del capital social, podrá autorizarse por el gobierno superior civil la construcción provisional de la compañía.

Tercera. Esta autorización provisional la facultad únicamente para nombrar sus administradores, pedir la concesión de la línea que se proponga construir o explotar, presentar sus proposiciones en la subasta, si se hiciese la concesión con este requisito, y exigir de los accionistas hasta el 10 por 100 de sus acciones con destino esclusivo a cubrir los gastos de su establecimiento, los del estudio del proyecto y el depósito que se exija como garantía de la concesión.

Cuarta. Hasta que la compañía se halle constituida definitivamente y haya obtenido la concesión o adjudicación de la línea no podrá admitir títulos de acción ni otra clase de documentos transferibles o negociables, siendo nulas y de ningún valor las transferencias que se hagan de las promesas de acciones o de las acciones provisionales que se entregan a los suscritores.

Quinta. Los primeros suscritores y sus concesionarios son responsables solidariamente al pago de los primeros dividendos hasta que quede cubierta la mitad del valor nominal de sus acciones.

Sexta. Cuando los accionistas hayan satisfecho el valor total de sus acciones podrán convertirse estas en títulos al portador.

Art. 44. Mi gobierno declarará definitivamente constituida la compañía y aprobará sus estatutos, luego que en ella haya recaído la concesión de que trata el art. 5.º

Art. 45. Si suscritas las dos terceras partes del capital social y realizadas en las obras de la línea no pudiese la compañía hacer efectiva la otra tercera parte del capital por medio de la emisión y negociación de las acciones no suscritas, podrá obtener autorización de mi gobierno para adquirir dicha tercera parte del capital por medio de empréstitos contraídos con la hipoteca de los rendimientos del ferro-carril a cuya construcción o explotación se destina. En este caso la autorización podrá comprender además la facultad de emitir cedulas u obligaciones hipotecarias de interés fijo y amortizable por el número de años que en aquella se determine.

Art. 46. También podrá obtener la compañía autorización del gobierno superior civil de la isla para aumentar el capital social si la inversión de este no hubiese bastado para poner toda la línea en estado de explotación y si el aumento solicitado no afectase de modo alguno a los fondos públicos. Si los afectase, la autorización será objeto de un real decreto.

ARTICULOS TRANSITORIOS.

Primero. Se confirman las concesiones hechas a perpetuidad antes de este real decreto.

Segundo. En la que no se haya fijado el término o duración de la concesión, dejando el proveer sobre este particular para cuando se hubiesen promulgado las reglas generales que son objeto del presente real decreto, se resolverá en cada caso particular a tenor del art. 11 y en vista de los datos que arroje el respectivo expediente.

Dado en Palacio a diez de diciembre de mil ochocientos cincuenta y ocho.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de la Guerra y de Ultramar, Leopoldo O'Donnell.

(Se continuará).

CORTES.

SENADO.

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SEÑOR MARQUÉS DEL DUENO.

Extracto de la sesión celebrada el día 14 de diciembre de 1858.

Se abrió a las dos y cinco minutos, y leída el acta de la anterior, fue aprobada.

El Senado quedó enterado de que los señores don Sebastian Gonzalez Nandín y marqués de Cáceres excusaban su falta de asistencia a las sesiones, el primero por hallarse enfermo, y el segundo por circunstancias imprevistas y de importancia.

También lo quedó de que la comisión encargada de dar dictamen sobre el proyecto de ley relativo a mejora de retiros, había nombrado presidente al señor don Juan Aldama, y secretario al señor don Javier de Ezpeleta.

Quedaron sobre la mesa, para discutirse en la próxima sesión, los dictámenes de la comisión de exámenes de calidades, relativos a las de los señores marqués de Montortal, don José Marchessi y don Millán Alonso.

ORDEN DEL DIA.

Continúa la discusión sobre el proyecto de contestación al discurso de la corona.

El señor ministro de Estado (Calderón Collantes): El gobierno tenía derecho a usar de la palabra; pero para dar una prueba de que desea que el asunto se esclarezca con el mas amplio debate, no hará uso de ella sino después de haber hablado todos los señores senadores que la tienen pedida.

Los señores Pastor Diaz, Oliver, Zavala y Luzuriaga, piden la palabra para alusiones personales.

El Sr. Presidente: El señor Pastor Diaz tiene la palabra para una alusión personal.

El Sr. Pastor Diaz: Suplico al Senado recuerde que ayer pedí la palabra como aludido en mi administración. Y no fué por un vano deseo de justificarme en una cuestión muy pequeña en comparación de la que es objeto del debate, ni con la pretensión de esclarecer tan grave punto, que esto lo haré cumplidamente el señor ministro de Estado; fué mas bien por una consideración de respeto al cuerpo que acaba de admitirme en su seno, y para darle una prueba de que estoy pronto a obtemperar a las prácticas constitucionales, dando ante él cuenta de mi conducta: fué también por guardar la consideración debida al puesto que había y desempeño, merced a la confianza que S. M. se había dignado dispensarme; puesto en que me conduje con la lealtad que siempre acostumbro en el desempeño de mi obligación: fué, por último, con el objeto de dar un tributo de atención al señor senador, mi amigo, manifestándole que había oído atentamente su discurso, por dolorosa que me hubiera sido la manera de traer S. S. la cuestión, y sobre todo los términos en que su proposición estaba concebida.

Y aunque en estas cuestiones, en cuestiones de pundonor nacional, de patriotismo, de monarquía, de honra pública, soy tambien vulgo (y si esta palabra no parece bien a S. S. soy muchedumbre), siento como el pueblo, siento como la patria: aunque en estas cuestiones, digo, no apelo a mi inteligencia que tal vez tiene razon para todo, sino a aquello que no tiene mas que un criterio de verdad, al corazon y al sentimiento: para mí que entiendo el patriotismo y la fidelidad a mi Reina y a la libertad, porque tambien la libertad primero que teoría y sistema es una creencia, es una religion; para mí, repito, es una obligación no negar nunca a esa misma inteligencia la ocasión de fortalecer mis aspiraciones o de reprimir mis afectos y sentimientos, esclareciendo el motivo de sus actos, de sus doctrinas con la ilustración de las cuestiones.

Por eso escuché con profundísimo respeto las palabras de S. S., y creí que cuando S. S. arrostraba la opinión pública, y hasta la declaración unánime y legal de las Asambleas deliberantes, como ayer nos dijo, tendría altísimas razones, iba a hacernos grandes revelaciones: iba a esponerlos principios muy elevados; iba a revelarnos un sistema de política internacional; iba a decirnos algo de los altos deberes respecto a nuestras colonias de América, que hoy son nuestras hermanas, aunque están emancipadas. Pero el ilustre general dijo que aquí no era general; que aquí era político, senador, estadista; y confieso que me causa mucha pena el decirle que mis esperanzas han quedado defraudadas. Yo no veo en su discurso mas que un alegato de un abogado, una alegación forense en el tribunal judicial.

Honda pena me habían causado los términos de la proposición: creía que su discurso de alguna manera lo justificaría; pero confieso que una gran parte

de su discurso me ha asombrado mas que su proposición. En ella acusa S. S. al gobierno de falta de decoro, á la causa de España de falta de razón; á la nación española de incapacidad. Ha dicho que nadie ha entendido la cuestión, ni los ministros que se han sucedido, ni los diplomáticos, ni los estadistas, ni los diputados, ni la prensa periódica: nadie. La España era presentada por el señor conde de Reus como una nación que no sabe lo que se hace ni lo que se dice; que escribe protocolos, que envía notas, que gasta millones, que nombra diplomáticos, que acepta mediaciones, que rechaza otras veces; todo esto sin comprender nada. Que las Asambleas deliberen, que la prensa levante unánime su voz, todos están extraviados, ignorantes; solo tres personas han entendido la cuestión de Méjico: su señoría, un deudo suyo y un amigo suyo.

El señor conde de Reus, al tratar de la deuda de Méjico, ha hecho una confusión lastimosa entre créditos y títulos; entre el estado de la deuda antes de ser liquidada, y el estado de la deuda cuando ha pasado á ser escrita en el gran libro de la deuda americana. ¿Qué se diría, señores, si después de sentar que en la conversión de la deuda de España ha habido, antes de llegar á ser liquidada, negociaciones, revisiones, empréstitos, contratas, asientos, todo lo cual se ha convertido en una deuda reconocida por la nación, dijera el señor Prim: «en estos contratos ha habido defraudaciones, tales créditos han sido mal incluidos, que se suspenda la circulación de los treses? Todo el mundo se echaría á reír.

Dijo el señor conde de Reus que no podrían ser incluidos los créditos que no reunían las tres condiciones, de procedencia española, de continuidad de españoles y actualidad en manos españolas: ¿y qué se entiende por eso? Esa es una condición que pudo ajustarse muy bien á los créditos primitivos antes de ser liquidados, antes de ser convertidos en láminas al portador; pero ¿me querrá decir el Senado qué significación tienen al portador, que hubieran de estar precisamente en manos españolas y que no hubieran salido de manos españolas, para ser legítimos y para que pudiesen pagarse sus intereses? ¿No está patente aquí el absurdo? ¿No está patente la imposibilidad de la acuata revisión? Pues bien, señores, si esto es absurdo, no lo es menos la acusación contra un funcionario hecha por un senador español.

Que esos títulos están mal liquidados, que es un crimen, que es una falta. ¿Y de quién, señores, es la falta? ¿Quién los liquidó? ¿Fué nuestro ministro? No: fué el gobierno de Méjico.

Siento abusar de la paciencia del Senado, pero no para el Senado, sino para el público, desearía ilustrar esta cuestión. Aunque esta Cámara para comprenderlo no lo necesita, pondré un ejemplo. Si en nuestras turbulencias públicas en los años 54 y 56, en que hubo tiros por las calles, hubieran venido los extranjeros haciendo cargo de las cuentas que pasaban los comerciantes por los perjuicios sufridos en sus tiendas, y nuestro gobierno las hubiera acogido y las hubiera mandado satisfacer, ¿á quién se hubiera exigido la responsabilidad por las Cámaras españolas? Al ministro que tuvo esa condescendencia; pero no al encargado de la potencia que las hubiera acogido. Y si aquella potencia á quien se le habían entregado los títulos viera que no se le abonaban los intereses, exigiría su pago, y nos lo exigiría en la punta de las bayonetas.

Dejo á la consideración del Senado el calificar de la manera que tenga por conveniente las acusaciones que contra la legitimidad de esos sagrados créditos, y contra la probidad manifiesta del funcionario de que se trata, ha lanzado el señor conde de Reus.

Hay otra cosa, además, sobre la cual tengo también que dar una idea. ¿Sabe el Senado á cuánto ascienden esos créditos? Pues ascienden á 7.000.000 de duros nominales, que podían valer á todo lo sumo 2.000.000 de duros. ¿Y es esa cantidad bastante para mover un solo pupitre de las porterías españolas? ¿Ha pensado el señor conde de Reus, en la precipitación de su juicio, lo que podía resultar de esta cuestión? ¿Cómo? Después de declararnos injustos, incapaces, todavía nos declara miserables mendigos?

La cuestión no era, ni fué nunca, de dinero, ni para los mejicanos, ni para los españoles, ni para el gobierno. La cuestión para España, era de derecho y de justicia; para los mejicanos, era de mala voluntad, de agravio, de mala fe: por eso el gobierno no consintió la cuarta revisión. Había consentido la tercera, porque no ha considerado nunca á Méjico como nación extranjera, ni mucho menos como enemiga.

Antes de pasar adelante, diré al señor conde de Reus que me duele mucho que se haya traído al debate una persona á quien yo no tengo ningún derecho de recomendar; pero sí, como dije ayer S. S., no era culpa suya que la cuestión de Méjico hubiera venido al debate, tampoco lo es mía que haya traído S. S. á esta discusión el nombre de la persona á que me refiero.

Las instrucciones patrióticas de nuestro ministro en Méjico, dictadas por el sentimiento mas grande de la justicia y del amor á la patria, eran de mi respetable amigo, mi ilustre antecesor el señor general Zavala, que está presente. El ministro español las aceptó naturalmente. ¿Pues no había de aceptarlas si era encargado de ejecutarlas? ¿Pensaba aquel ministro como piensa el señor conde de Reus, cuando aceptó esas instrucciones? Señores, esta sería una cosa que no tiene nombre. Aquel ministro las aceptó de buena fe, y partió con ellas decidido á hacerlas valer.

Le parecía poco. Llegado á la Habana y habiendo sabido los embargos, todavía quería mas fuerza, á pesar de que varió de opinión en la primera conferencia que tuvo con el ministro de Estado de la república mejicana.

Yo pregunto al señor conde de Reus: si envía á un militar á defender una plaza diciéndole: «defiéndase Vd. y muera antes que capitular», y ese general empieza por capitular, ¿qué dirá S. S.? Si al entrar en una asamblea de negociadores deja la espada á la puerta, como hizo nuestro ministro, deberá decirse que entró desarmado es entrar prisionero, no embajador.

No era libre para obrar el ministro de España en Méjico: eran terminantes las instrucciones que llevaba, eran restrictivas, y en la primera conferencia varió de parecer, puesto que había aceptado aquellas instrucciones. Se le había dicho: «nada de revisión, ni aun óír hablar de ella»; y en el primer Boletín oficial dice que tenía poder para admitir la revisión.

Ahora bien, ¿podía hacer menos de lo que hizo el gobierno español respecto á ese funcionario? Separarle, dejando la cuestión íntegra, que era lo mas prudente que podía hacerse. Y nótese una circunstancia, y es que antes de encargarse de la dirección de los negocios internacionales el que tiene la honra de dirigirse al Senado, había una votación unánime de las Cortes constituyentes contra toda temporización en la cuestión mejicana, y hablo de una asamblea en la que estaban representadas todas las opiniones y partidos.

¿Quería el señor conde de Reus que no pesara esta declaración, tanto moral como oficialmente, tanto política como religiosa, como patriótica, en el corazón del que era depositario de aquella honra, en nombre de la cual la asamblea española había dicho al gobierno el *Caveant consules* de las antiguas repúblicas? Creo haber justificado abundantemente la conducta de aquel gobierno. Nosotros hicimos lo que habian hecho nuestros predecesores, lo que han hecho nuestros sucesores, y lo que harán los que nos sucedan, porque esta cuestión no es de partidos, ni de opiniones, ni de democracia, ni de monarquía; porque es cuestión de decoro y de interés nacional, y aun mas alta. Nosotros hemos perdido el dominio de Méjico, no queremos dominar en Méjico, no queremos la ruina de Méjico: nosotros deseamos que se fortalezca aquella nacionalidad; pero deseamos también que se nos haga justicia.

Nosotros queremos que, dando de mano á sus querellas intestinas, se organice en una nación fuerte, porque tenemos un grande interés en ello, pues si bien hemos perdido el dominio material, tenemos nuestros antecedentes, nuestra fraternidad, nuestras creencias y costumbres, lo que hace que haya allí una especie de gloria moral, una provincia política que nos pueden arrebatarnos nuestros émulos. Nosotros debemos fortalecer aquella raza, porque si un día, víctima de sus querellas intestinas, fuese enterrado su cadáver por los yankees para abonar sus plantaciones, la España vestiría luto por un hijo muerto en climas remotos.

Yo tengo la esperanza de que aquella raza no desaparecerá, porque tiene un mucho vigor: yo creo que aquella nacionalidad se levantará todavía, y que prevalecerá la sangre de España en medio de la sangre rubia de otros climas: yo, en fin, tengo la esperanza de que si llegamos á tener una guerra con Méjico, esto no será mas que la lección que el maestro de armas da á los discípulos, para que otro día puedan defenderse contra sus enemigos.

En este sentido, señores, se han dado todas nuestras instrucciones, diciéndose que lo que se quería era que se admitiese el principio y que se reconociese la deuda; pero que si no la podían pagar por sus apuros, nosotros esperaríamos, pues la cuestión no era de dinero. En esta cuestión se ha procedido ni mas ni menos que como hubiéramos podido proceder con una de las provincias de nuestro reino, con la misma deferencia; y no comprendo por qué se ha de exigir de nosotros mas de lo que pudiéramos hacer con súbditos españoles.

Nosotros, pues, señores, si es necesario, queremos la guerra y podemos hacerla; porque si la España está deprimida, no es mas que por la manía que tenemos de deprimirnos. Nosotros podemos decir de todos los pueblos que nos rodean, lo que decía Mirabeau al principio de revolución francesa: «Los grandes nos parecen grandes, porque los vemos de rodillas; para ser como ellos, no tenemos mas que levantarnos.» A nosotros se nos deprime, y esto me prueba lo que valemos, porque á los débiles se les compadece y auxilia; no se les deprime. Hubo un día en que se nos creyó postrados, y con un solo sacudimiento fuimos la primera potencia. Nosotros no queremos turbar la paz del mundo; pero queremos defender nuestra honra.

La guerra que pueden temer otras naciones, no puede inspirarnos los mismos temores á nosotros: ni el clima de aquellas regiones, ni nuestras simpatías ni nuestra conformidad de costumbres, nos ponen en condiciones tan desventajosas para hacer la guerra, como sucedería á otras naciones. Para contestar á los modernos utopistas, repetiré lo que en otra parte tengo dicho: «La paz á toda costa, es la barbarie á toda prisa».

La paz á toda costa; pero no al precio de nuestra honra. Tolerancia, fraternidad con nuestros hermanos de Méjico; pero de tal manera, que no interpreten otros que no son nuestros hermanos, que nuestra tolerancia es flaqueza, que nuestra condescendencia es ignominia. Por consiguiente, señores, en esta cuestión, que no es de partido; en que yo votaría con la democracia mas turbulenta y con el gobierno monárquico mas absoluto, creo que todos debemos votar unánimemente, rechazando esa proposición con la energía, con el entusiasmo del genio tutelar de España; y concluyendo dando al Senado las mas expresivas gracias por la benevolencia con que se ha dignado escucharme.

El Sr. Oliver: Señores, delos labios del señor conde de Reus salieron ayer algunas frases que tendían á manifestar que la España había tenido la desgracia de enviar siempre á la república mejicana ministros que iban allí animados de un espíritu de hostilidad contra la república, y para hacer alarde de injustificable altanería. Esto, por lo menos, fue lo que yo entendí.

Los primeros representantes enviados á Méjico, tienen la honra de ocupar estos bancos hace ya algunos años; me refiero al señor Calderón de la Barca, y al individuo que tiene el honor de dirigir la palabra al Senado, y me parece que ni nuestro carácter, ni nuestros antecedentes se prestan para que pueda caer sobre nosotros semejante mancha.

El señor Calderón de la Barca, al entregarme la legación de Méjico en el año de 1841 no me dejó ningún negocio pendiente que fuese de una naturaleza desagradable, y yo tuve la misma fortuna, cuatro años después, en 1845, al entregar la legación á mi sucesor el señor don Salvador Bermúdez de Castro. Tanto el señor Calderón de la Barca como yo, hemos merecido del gobierno mejicano muchas pruebas de deferencia y de consideración; y yo aprovecho con mucho gusto esta ocasión para pagar este tributo de justicia á aquellas administraciones, la del señor Bustamante y la del general don Antonio López de Santa-Anna, para quien yo recibí de parte de nuestro gobierno o las insignias de caballero gran cruz de Carlos III.

Si después han cambiado las cosas, si nuestra política, que era una política de paz y de verdadera reconciliación, ha dado lugar por sucesos posteriores á que se hayan agriado los ánimos, á que hayan surgido los conflictos en que nos encontramos, nosotros somos los primeros en dolernos de ellos, y los primeros en desear con todo ahínco y en hacer los

mas fervientes votos para que no haya necesidad de hacer uso de ese brazo que se halla levantado, según el discurso de la corona, y que sentiremos vivamente que se halle alguna solución pacífica que sea compatible con nuestro honor; porque nuestro honor está por encima de todo, y nada debe sacrificarse á él.

Si entrar yo en el fondo de la cuestión, porque mi nombre figura hasta cierto punto en estas negociaciones, no tengo mas que decir sino que no dudo que estos sentimientos son los que están en el ánimo de la generalidad de los señores senadores.

El señor conde de Paredes: Señores, habia pedido la palabra para contestar á una alusión personal del señor conde de Reus; pero habiendo visto al señor Pastor Díaz tomar la defensa de las administraciones que han tenido mas ó menos parte en este asunto; habiendo tambien pedido la palabra con ese objeto mi digno amigo el señor Luzuriaga, y teniendo el gobierno negociaciones pendientes que no sé hasta qué punto permitan entrar en el fondo de esta cuestión, que tan bien ha tratado mi digno amigo el señor Pastor Díaz, no molesté mas al Senado.

El Sr. Presidente: El señor Luzuriaga tiene la palabra para una alusión personal y como de la comisión.

El Sr. Luzuriaga: Diré dos palabras, contestando á la alusión de mi digno amigo el señor conde de Reus. S. S. citó artículos de periódicos, cartas y otros documentos, envolviendo implícitamente, sin intención de su parte, una alusión á mi persona. Cuando entré en el ministerio, fui destituido el ministro acreditado en Méjico, y según el señor conde de Reus, nombrado el que le reemplazó, por una intriga, en la que, sin intención de S. S., me ha reservado el papel de un habicea, de un instrumento ciego que se prestó á la seducción. Pues bien: muy pocas palabras necesito para contestar. La primera noticia que he tenido de esos periódicos que nos citó el señor conde de Reus, es la que nos dió ayer su señoría: juzgue la influencia que habrán tenido en mi ánimo!

Las Cortes constituyentes, por su laboriosidad, me dejaban solo los domingos para poder ocuparme de los negocios. Uno de esos días lo dediqué exclusivamente á la cuestión de Méjico. Resultaba que los poseedores de créditos reconocidos formaron una especie de sociedad regida por lo que se llamaba junta menor, compuesta de tres ó cuatro individuos de los mismos accionistas, y un representante que era su agente.

Surgió una divergencia entre los acreedores, y nuestro ministro en Méjico, desconociendo altamente su misión, en vez de ser imparcial, se puso del lado de los acreedores, que tenían el mismo interés que el gobierno mejicano, puesto que siendo sus créditos no contestados, si se desechaban 40 ó 50 millones de los créditos contestados la facilidad del cobro era mayor.

Inmediatamente que formé mi juicio, anuncié al subsecretario que nuestro ministro se había inhabilitado; desconociendo su carácter, para representar al gobierno español. Pues ese subsecretario, á quien se acusa de haber influido en mi ánimo para la destitución de su antecesor, me decía que la integridad de nuestro ministro era completa, que desde luego en su proceder no había influido ningún motivo feo.

Le contesté que no dudaba de la honradez de aquel funcionario; pero que habia olvidado su papel en este negocio. La destitución se llevó á efecto. Al cabo de algunos días creí conveniente, por razones que no son del caso, proponer á ese subsecretario que se reemplazara.

Se tomó tiempo para deliberar, y al cabo de algun tiempo aceptó.

Vamos á la carta. No sé por qué persona está escrita, ni lo quiero saber: podría empezar por recurrar, porque aquí lo importante es la fecha, y una carta no es un medio de probar la certeza de una fecha: no lo es en los negocios civiles; ¿cómo lo ha de ser en uno de tanta importancia? Pero quiero suponer que la data de la carta es cierta: puede estar seguro el señor conde de Reus que si me fuera dable fijar el día en que tomé esa resolución por movimiento propio, si fuese conocido, resultaría que esa carta se escribió en el intervalo que medió desde que acordé aquella resolución hasta que se hizo el nombramiento.

Vea el señor conde de Reus cómo no habia esa especie de vaticinio de lo que se iba á hacer respecto de nuestro ministro en Méjico, y confío en que S. S., haciendo justicia á mi veracidad, se convencerá de que esa serie de conjeturas que ha hecho suponen una base, y que faltando esta todo el edificio cae por tierra.

Aquí concluiría si no me creyera obligado, por mi profesión, á manifestar á S. S. el sentimiento con que le oí hablar de una sentencia que en un juicio de calumnia habia recaído acerca del ministro de Méjico destituido por consejo mio. No conozco al juez que la ha dictado; pero ese juez, actor y parte de lo que en mis opiniones forma un poder del Estado, tiene derecho á que en este cuerpo, que también es parte de otro poder, se le guarde consideración y respeto, además del que todo hombre honrado puede invocar para que no se juzgue que en el ejercicio de sus atribuciones ha procedido por un motivo reprobado. Se trata además de un juicio que está pendiente, en que no ha recaído mas que la sentencia de primera instancia, y que no ha podido seguir sus demas trámites por la desgracia del señor Lozano, que yo lamento como S. S., el cual no se hallaba en disposición de oír una notificación. Con esto concluyo respecto de las alusiones.

Ahora, en nombre de la comisión que tengo la honra de presidir, debo declarar que no admite la enmienda del señor conde de Reus. Para fundar esta dictamen, emplearé muy pocas palabras. ¿Qué podrá decir después del magnífico discurso que ha pronunciado el señor Pastor Díaz?

Diré muy poco, y me dirijo siempre al señor conde de Reus con la confianza que tengo en sus buenos sentimientos. Yo pregunto á S. S.: siendo como es indudable que muchos españoles han sufrido prisiones en Tampico, que les han obligado á contribuir á un empréstito forzoso, y que han padecido otras vejaciones, teniendo nuestro gobierno fuerzas capaces en la Habana para protegerlos, ¿estaba el gobierno en su derecho, mas aun, en la obligación de proteger á esos compatriotas nuestros? Estoy seguro de que el señor conde de Reus no dirá que no.

También es notorio que en el resto del territorio mejicano han sufrido en estos últimos tiempos numerosas vejaciones multitud de españoles, y casi bastaría para adquirir gravedad; entonces fue cuando se pensó en enviar allí al ministro plenipotenciario que

nes de aquellas gentes. El señor conde de Reus me dice que no, y yo creo que S. S. está equivocado. Pues bien: ¿no estaba el gobierno español obligado á disponer de las fuerzas que tenia en la Habana para que fueran á proteger á esos compatriotas nuestros?

Y si el gobierno español tenia derecho para hacer ejecutar á la fuerza en el caso extremo lo que ser muy sóbrio, estoy firmemente persuadido de que el señor conde de Reus ha partido de un error, y que convencido de él, se pondrá de mi parte. Esto exige una brevísima explicación.

Hecho el tratado, era necesario que un representante de España y otro de Méjico reconocieran los créditos: después sufrían otro examen por solo las autoridades mejicanas, que en virtud de sus papeles decidían si la cantidad y la causa eran legítimas.

Pues bien: ¿á qué se reduce hoy la cuestión? El gobierno mejicano, señores, desde que se hizo el reconocimiento de los créditos que entraron bajo la protección de un tratado, pagaba anualmente la cantidad estipulada, que era un 20 por 100, y la renta de aduanas. Pero llega un día en que dice hay pruebas de que el crédito A ó B se acordó por prevaricación, por concusión, por una maldad, y va mas adelante y añade: «pues no pago ninguno, y rompo por mí el tratado.» ¿Qué diría el señor conde de Reus si se le permitiera proceder tuviera lugar en un asunto suyo, por parte de un acreedor de su señoría?

El señor conde de Reus habria podido satisfacer á todos sus sentimientos de otra manera que haciendo la enmienda que S. S. ha propuesto. Yo le ruego que la retire, para que uniéndose á nosotros haya unanimidad respecto á esta cuestión en el Senado español, y todos de comun acuerdo votemos lo que la comisión propone, que no es, señores, que se haga la guerra; sino que se agoten primero todos los medios decorosos para que Méjico vuelva al camino de que se ha extraviado, y solo en el caso de hacerse sordo á nuestras reclamaciones, solo en el caso de persistir en usurpar nuestro derecho y ultrajar nuestra dignidad, emplee el gobierno español todos los recursos de que dispone.

El señor ministro de Estado (Calderón Collantes): Señores, si la cuestión gravísima que ocupa al Senado se hubiera presentado á su alta consideración con toda la gravedad, con todas las proporciones que tiene, yo me abstendría de entrar en ella. Se han expresado magníficos sentimientos, se ha conmovido el patriotismo de los señores senadores; pero falta decir, y yo me apresuro á decirlo antes de entrar en la historia de este negocio, porque lo reclama la dignidad española, porque es necesario que dentro y fuera se nos juzgue por lo que somos, que las relaciones con Méjico no se han roto por la violación de los tratados. Uno, dos y tres quedaron sin cumplimiento, después de haberse celebrado con las formalidades necesarias en tales casos para el mejor acierto, y los gobiernos españoles se limitaron á protestar un día y otro contra aquella falta de cumplimiento, sin amenazar con la suspensión si quiera de las relaciones.

Fue necesario para ello que después de la infracción de los pactos internacionales viniesen los espantosos acontecimientos de Tierra Caliente: fué necesario que corriese allí la sangre de nuestros hermanos, para poder conocer que, si no en toda la república, en una parte consi derable de ella habia un sistema de esterminio contra la raza española. Entonces, y no cuando se ventilaban las cuestiones de dinero, fué cuando el encargado de negocios de la Reina de España anunció su firme resolución de retirarse y de romper las relaciones, si no se nos daba pronto una satisfacción cumplida de los asesinatos de San Vicente y Cuernavaca.

Señores, el espíritu de emulación que despertaba el poder español, y otras muchas cosas, dieron lugar á un movimiento de independencia que se manifestó en aquellas vastas y apartadas regiones. España, que estaba entonces empeñada en una de las muchas contiendas que ha tenido que sostener, no comprendió entonces que no era posible contener este espíritu de independencia, y pasó el tiempo, y con él la oportunidad de sacar el partido que hubiera podido sacarse de un Estado que habia sido dependiente de ella, y no hizo tratado alguno hasta 1836.

Tanto tiempo en reconocer que aquellos países, ó por la fuerza de la educación que habian recibido de la metrópoli, ó por la influencia que sobre ellos ejercían otros países, ó por otras causas difíciles de enumerar, habian llegado á la madurez suficiente para obtener su independencia, nos hizo que no pudiéramos sacar partido de la influencia que sobre ellos teníamos. Hicimos el tratado de 1836, y en él empieza la larga serie de muestras de benevolencia y de generosidad dadas por todos los gobiernos españoles á la república mejicana. Se reconocen únicamente por este la obligación de pagar la deuda contraída hasta el año de 1810, y ya se vé cuanto era la moderación de la antigua metrópoli, cuando al conceder á sus hijos la emancipación les libraba del deber de pagar las deudas contraídas hasta el momento en que la emancipación se habia concedido. Este momento era el de 1821, y era preciso que se ocupasen después en reparar el mal.

Hicimos el tratado de 1847, y la república mejicana, convencida del derecho de España, reconoció las deudas hasta el año 1821, y las que posteriormente habian contraído los gobiernos mejicanos en el curso de sus largas vicisitudes.

Aquel tratado no produjo resultado alguno, y al cabo de cuatro años se celebró la convención de 14 de noviembre de 1851. Sin embargo, todavía el gobierno español convino en la revisión de esos tratados, y el 12 de noviembre de 1853 se celebró el tercero, en el cual no estaban previstos todos los inconvenientes y perjuicios que pudieran sobrevenir.

En el estado de cosas entonces existente, ¿qué era lo que debia hacer el gobierno de la república mejicana? Dirigirse de una manera decorosa al gobierno español, y pedir que se entrase en conferencias para el examen de la oportunidad y justicia de las prescripciones consignadas en la convención. Pero no procedió así, y aquí entra lo raro del asunto.

A pesar de las grandes garantías concedidas á la república mejicana para el examen y reconocimiento de los créditos españoles, el gobierno mejicano, por sí, sin previa intimación suspendió el pago de los intereses de los créditos, y exigió que los tenedores de los bonos que se habian expedido los entregasen, amenazándoles con el embargo si no verificaban la entrega. Entonces fue cuando el asunto llegó á adquirir gravedad; entonces fue cuando se pensó en enviar allí al ministro plenipotenciario que

tratase esa cuestión con arreglo á las instrucciones que se le comunicaran.

No es mi misión ni propia de mis sentimientos formular acusaciones contra un hombre que ha servido á mi país; pero el señor conde de Reus, ignorando todos los hechos, ha querido constituirse en defensor de lo que, por desgracia, no es susceptible de defensa. Nombrado el ministro plenipotenciario, diéronsele instrucciones sencillas y sucintas.

Una de las cláusulas era examinar si efectivamente se habia inferido algun agravio al gobierno mejicano, y subsanarlo. Siempre estubo en el ánimo del gobierno español examinar los créditos incluidos en la convención, y si habia alguno que en rigor no debiera abonarse, separarlo.

Llegó nuestro ministro á Méjico; pero antes de salir de la Habana manifestó, en el mismo ánimo que habia salido de Madrid, que era preciso le acompañase un cierto número de buques de guerra para apoyar sus pretensiones. Llegó á Méjico el 20 de junio de 1856; puso una comunicación fuerte, pero decorosa, al gobierno mejicano: el 22 puso otra al secretario encargado de negocios extranjeros, y el gobierno de la república contestó esa nota, declarando de una manera altanera é insolente que no queria recibir al ministro español ni contestarle, mientras el enviado de la Reina de España, con los buques que le acompañaban, permanecieran allí.

Nuestro enviado cambia de parecer, hace regresar á la Habana los buques, y queda solo para la gestión de un negocio que presentaba tantas dificultades. Celébrase entonces una conferencia, prescindiendo, despreciando las instrucciones que el gobierno habia comunicado á su enviado y aceptado este. Como resultado de esa conferencia, el ministro plenipotenciario español convenia en que los créditos fueran revisados, y en que habia habido, no que pudiera haber, fraude en la liquidación de 1853, consistiendo en que los autores de esos fraudes fueran sometidos á los tribunales. Hasta este punto llevó el olvido de las instrucciones que se le dieron, y el cumplimiento de su deber.

Llegó esa noticia al gobierno, y no pudo menos de apresurarse á desaprobare la conducta de un funcionario que obraba de un modo tan contrario á lo que debia esperarse. Y lo singular es, que al informar al gobierno de las causas que le habian movido conduciéndose de un modo tan extraño, decía: «No conviene echar semillas de rencor en este país con el deseo de humillarle.» ¿Como si el gobierno hubiera tenido ni por un momento semejante designio! Pero añadia: «Los españoles son tenidos aquí en muy poco, y no se cree que el gobierno disponga de fuerza alguna para hacer respetar sus derechos.» ¿Era este lenguaje digno de un representante del gobierno español?

En este estado se encontraba el asunto de la convención española, cuando la revolución era constante en Méjico y los partidos se combatian violentos: uno de ellos, enemigo, no ya de los españoles, sino de los que tenían analogía con la España, era el que dominaba en Méjico. Una fuerza considerable se presentó en una hacienda, ocupada por españoles, y asesinó á cinco individuos, contando uno de ellos quince años, y habiendo desechado la oferta de 40.000 duros por rescate. Se disponían á asesinar al sexto, cuando le ocurre al infeliz decir que no era español sino vasco-francés, y esta ocurrencia le salvó la vida.

Ved, señores, si esto no demostraba el deseo de hacer desaparecer de allí la raza española por el espanto y el terror.

El encargado de negocios de España supo estos sucesos y pidió la aprehensión de los delincuentes; pero el gobierno de la nación mejicana se empeñó en hacer aparecer esos actos criminales como unos hechos comunes. Veinte y dos dias pasaron sin que se aprehendiera un solo delincuente, y sin que apenas se hubiese hecho una sola diligencia judicial. El representante de España no podia ver con indiferencia unos atentados de esa naturaleza, que no eran hechos aislados, sino que se habian repetido en otros puntos; sin embargo, reunió primero el cuerpo diplomático, y en esta reunion se convino en que el crimen se habia dirigido contra la nacionalidad española, y en que la reclamación que formulaba el representante español era justa y legítima.

El gobierno español no ha aspirado, no puede aspirar á ejercer un protectorado sobre la república mejicana; pero tampoco puede ni debe tolerar que á los súbditos españoles se les trate tan encarnizadamente. El gobierno español quiere conservar con nuestros antiguos hermanos los mismos vínculos que nos unian cuando la monarquía española se extendia de un mundo al otro mundo; pero siendo tan grave este asunto, pudiendo tener un resultado contrario á las miras y á los deseos del gobierno español, el ministerio, que se complace en ver que los cuerpos colegisladores, como la opinion pública, se han manifestado unánimemente, sin escepción de ninguna clase, porque esta no es cuestión de partido, procurará ser el intérprete de esa opinion unánime para que el bien nombre de la España quede en el elevado lugar que le corresponde, pues comprende que solo así puede llenar la misión que le está encomendada.

Desearia, pues, que el señor conde de Reus retirase su enmienda, para que se viera esa completa unidad; pero si no es así, confío en que los señores senadores se levantarán como un solo hombre, y el señor conde de Reus tendrá la triste satisfacción de quedar aislado en medio de la solemne decision de uno de los cuerpos colegisladores de España.

El señor conde de Reus: Habiendo de contestar á varios discursos hechos contra el mio de ayer, me veré en la necesidad de estenderme algo mas de lo que quisiera, por lo cual reclamo la indulgencia del Senado, y la del señor presidente.

Ayer, señores senadores, tracé un círculo de hierro, y en él me encerré con la bandera de la razón, de la justicia y del derecho: en ese círculo me encierro hoy tambien, mientras no se me pruebe, como ha intentado hacerlo el señor ministro de Estado, que estoy equivocado. Esto, entretanto, no ha podido conseguirlo el señor ministro, porque su señoría no ha probado nada, porque S. S. ha estado inexacto al referir algunos hechos, y exagerado al pintar otros. No es extraño, por tanto, que la opinion pública se estrañe, y que se piense que efectivamente en Méjico se ha injuriado sangrientamente á la nación española.

¿Y qué motivo ha tenido S. S. para contestarme diciendo que esa cuestión de honra debe resolverse con las armas y no de otra manera? (El señor ministro de Estado.—Pido la palabra.) Razon tendria su señoría si se hubiese inferido esa herida á la honra española, pero repito que no ha sido así: y me es

traña que S. S., hombre de ley, entienda las cosas como las ha pintado, tan fuera de la sana razón.

¿Cómo me ha de probar S. S. que en todos tiempos no habrá derecho para reclamar contra el dolo y el fraude? Yo sostengo, y no soy letrado, que en todos los casos en que se hiciera una transacción entre dos particulares, dando el uno títulos y recibiendo una escritura con promesa de que serían satisfichos en tal o cual cantidad y en tales o cuales plazos, si después resultasen falsos los títulos, se le podría decir con razón: «no pago, y a más de no pagar, voy a entregar a Vd. a los tribunales.» Esto es lo que debe ser, lo que está en la sana razón, lo que sirve de base a todas las leyes del mundo: lo contrario sería proteger el dolo y la falsía.

Ha dicho S. S. que en Méjico había un sistema de persecución contra los españoles, y me extraña haberle oído eso. Allí hay millares de españoles: ¿no hubieran sido a miles también los que habrían sufrido la persecución, a ser cierta? ¿Dónde están los casos que se pueden citar? Sensible es que se haya derramado la sangre de esos siete u ocho españoles; pero ¿dónde está el señor ministro para decir que ha existido allí un sistema de persecución? Yo lo niego rotundamente, y apelo a los señores senadores y a todos los que hayan vivido en aquel país, para que me digan si los españoles no han merecido siempre en la república mejicana el respeto y las simpatías, y aun el cariño de sus habitantes.

Haciendo la historia de la convención, ha encontrado mal S. S. que el ministro de España protegiera los intereses de unos acreedores contra los intereses de otros; pero yo preguntaré a S. S.: ¿qué había de hacer en vista de una reclamación de todos los poseedores de créditos legítimos, en que se quejaban del mal trato que recibían de la junta menor, la cual presentaba una cuenta tan exorbitante, que de 400,000 pesos que cobró, puso 59,000 de gastos? ¿Qué necesidad tenemos de esos gastos, decían esos acreedores, si nuestros créditos son legítimos, y no tenemos que defenderlos en ninguna parte? La junta menor no entendía de razones, y descontaba lo que correspondía a cada uno; si al ministro español se le daba derecho para intervenir en la reclamación de los buenos, ¿no le había de tener también para defender el legítimo derecho de los que no tenían necesidad de hacer gastos con el objeto de cobrarse?

El señor ministro de Estado encuentra mal en el gobierno mejicano una medida que ignora cómo su señoría, en su probidad e hidalgía, ha podido desaprobado, cuando S. S., en igual caso la hubiera adoptado también. Me refiero a lo de no haber aquel querido admitir la nota del ministro de su Magestad en Méjico, hasta que hiciera este retirar las fuerzas que tenía en Veracruz. Pues qué, señores, ¿se entra en conversación familiar con uno que viene armado de punta en blanco? En ningún caso en que el gobierno español tuviera una cuestión cualquiera con las naciones extranjeras, admitiría confidencial ni incidentalmente a ningún embajador que tuviese una escudera en Cádiz o en Barcelona? Lo primero que hacía, porque así cumpliría a su decoro, sería decir a ese embajador que la mandara retirar, y que entonces se hablaría.

S. S. ha negado que el gobierno mejicano tomara providencias cuando llegó a su noticia el crimen cometido en la hacienda de San Vicente. En esto, repito, S. S. se ha equivocado. Yo dije ayer que las autoridades inmediatas mandaron al instante una partida en persecución de los criminales, y no pasaron muchos días sin que esa partida matase a tres de ellos, incluso el cabecilla nombrado Abascal. También dije que el gobierno central mandó inmediatamente una brigada, que se situó en el estado de Cuernavaca con el mismo objeto de perseguir a los delinuentes.

Debe recordar además S. S., que habiendo un miembro de la familia de uno de las víctimas pedido autorización para formar una partida de 25 hombres de su confianza que persiguiera sin descanso a los malhechores, el gobierno de la república concedió esa autorización, y dispuso que la partida se pagara con fondos del Estado; y debe también recordar, por último, que a petición de la legación de España, autorizó el gobierno de la república al cónsul de S. M. para que por sí mismo fuera a enterarse de lo que había pasado. No sé cómo S. S. ha podido olvidar esto: por mi parte debo hacérselo presente de nuevo, y con esto concluyo lo relativo a S. S.

El señor Pastor Díaz, por su parte, en el elocuente discurso que ha pronunciado, y que con muchísimo gusto he oído, me ha dirigido una especie de cargo que voy a tratar de desvanecer. Ayer dije que no soy yo el que ha traído al Senado la cuestión de Méjico, sino el discurso de la Corona. Todas las cuestiones estampadas en él son para que las traten los señores senadores, pues si no fuera por eso, no se hubiesen puesto en ese discurso. Vea, pues, el señor Pastor Díaz cómo no hay ningún género de extrañeza en la manera de traer aquí la cuestión; mas si la hay, culpe al discurso de la Corona, no al conde de Reus, que no ha hecho más que tratar una cosa puesta a discusión en aquel.

Con esa elevada declamación, elocuente sin duda, que a S. S. caracteriza, ha dicho también que el conde de Reus había acusado a la nación española de incapacidad, de ignorancia, de qué se yo cuantas cosas... hasta no sé si de herejía. ¿Cómo ha podido S. S. deducir esa consecuencia? Lo que dije ayer y repetiré hoy, es que la opinión pública en esta materia está completamente estraviada, aunque hoy no lo está ya tanto.

Ha dicho asimismo el señor Pastor Díaz que yo había confundido títulos con créditos. Podrá ser que haya cometido yo alguna inexactitud en esto, porque no soy muy versado en cuestiones de números; pero ha añadido S. S. que la comisión que admitió los créditos estaba compuesta de individuos mejicanos. Está S. S. en un error: los créditos los revisaban el ministro español en Méjico y el ministro de Estado de la república, y una vez reconocido por esa comisión revisora, pasaban a otra que no hacía más que poner el número y dar los bonos al portador. Por consiguiente, vea S. S. cómo la intervención de España era muy importante en esta cuestión.

Con justa indignación ha dicho también S. S.: ¿qué significan dos o tres millones de duros para la honra y la hidalguía castellana? No es cuestión de dinero, ha añadido el señor Pastor Díaz, pero su señoría no puede olvidar que su origen ha sido ese metal miserable.

El señor Presidente: Dispense V. S.; pero habiendo transcurrido las horas de reglamento, va a preguntarse al Senado si se prorroga la sesión.

Hecha la pregunta, el Senado acordó afirmativamente.

El señor conde de Reus (continuando).—Puesto que la cuestión lo ha sido de intereses desde su principio, preciso es que tratemos a nuestra vez la cuestión de interés.

Ha dicho el señor Pastor Díaz: «La cuestión para nosotros es de derecho, de probidad, de justicia: para la nación mejicana lo es de mofa y escarnio.» Esas son suposiciones tan gratuitas como otras que he tenido el honor de rectificar contestando al señor ministro de Estado.

Al explicar como ha tenido por conveniente la conducta del ministro español a quien yo me referí ayer, ha creído S. S. que dicho ministro faltó a sus deberes, comparándole con un general a quien se da una orden. En mi concepto, no cabe tal comparación, porque va mucha diferencia entre un general a quien se dice: «defienda Vd. esa plaza hasta perder la vida», y un ministro a quien se manda a negociar. Pero de todos modos, si su señoría insiste en que aquel ministro faltó, yo se lo abandono, a pesar de ser un íntimo amigo mío: haga de él lo que quiera. Pero cuando S. S. desaprobó la conducta de aquel diplomático, ¿por qué no mandó inmediatamente otro, en lugar de dejar la gravedad de aquellos negocios a cargo del secretario de la legación?

Concluyó el señor Pastor Díaz diciendo: «no que, remos la guerra; pero es menester que hagamos la protesta de que podemos hacerla.» ¿Y quién duda que tenemos medios de hacer la guerra, hasta vencer y plantar el pabellón de San Fernando donde lo plantó Hernán Cortés?

En cuanto a mi amigo el señor Oliver, ha parecido quejarse, porque a su parecer había yo inculcado a todos los ministros españoles que han ido a Méjico, en el sentido de estar animados de un espíritu de hostilidad. No dije eso, ni fue mi ánimo el ofender en lo mas mínimo a los ministros españoles que han ido a Méjico.

La misma contestación dará al señor general Zabala, diciéndole que no ha sido mi ánimo inculcar de ninguna manera a S. S. por la conducta que observara cuando fué ministro de Estado; pero como la responsabilidad en este asunto pesa, a mi entender, sobre todos los ministros que se han sucedido desde que esa cuestión se agita, nada tiene de particular que yo atribuya a mi amigo el señor general Zabala alguna responsabilidad.

En cuanto al señor Luzuriaga, empezaré por darle mil satisfacciones, diciéndole que de ninguna manera pude, después de haber leído la carta a que S. S. se ha referido, sacar la consecuencia de que S. S. había pasado por... (no me acuerdo de la frase, y aunque me acordara de ella no la volvería a repetir): lejos de mí el querer hacer pasar a S. S. por otra cosa que lo que S. S. es en realidad, a saber, un buen caballero, y un noble y digno ciudadano español.

Concluyo, señores, cediendo a una consideración de respeto y veneración hacia mi digno amigo el señor Luzuriaga, el cual me ha pedido que retire mi enmienda.

El señor Presidente: Según el art. 92 del reglamento, la mesa debe preguntar al Senado si toma o no en consideración la enmienda del señor conde de Reus, enmienda por la cual han dejado de ponerse a discusión otras.

Hecha la pregunta de si se tomaba en consideración la enmienda objeto del debate, pidieron muchos señores senadores que la votación fuese nominal; y consultado el Senado sobre esto, resolvió que así se verificara, resultando desechada la enmienda por 122 votos contra 1, en los términos que se espresa a continuación:

Señores que dijeron no.

Conde de Lucena.—Calderón Collantes.—Macron.—Duque de Ahumada.—Pastor Díaz.—Riquelme.—Onís.—Serrano.—Diez de Rivera.—Conde de Montefuerte.—Lemery.—Pacheco.—Bermúdez de Castro.—Lara.—Conde de Casa-Bayona.—Camba.—Conde de Yumuri.—Conde de Grá.—Perez.—Duque de Alba.—Gómez de la Serna.—Roda.—Chinchilla.—Aldama.—Marqués del Maestrazgo.—Luzuriaga.—Marqués de Vallgornera.—Marqués de Someruelo.—Conde de Altamira.—Moreno.—Carramolino.—Sancho.—Duque de Vergara.—Sorria.—Señor de Rubianes.—Suárez de Deza.—Marqués de Armendariz.—Casas.—Chacon y Durán.—Valterra.—Oliver.—Marqués de Girona.—Santa Cruz.—Luxan.—Hoyos.—Latorre (D. Bernardo).—Zarco del Valle.—Olivan.—Estebanez Calderón.—Calderón de la Barca.—Rivero.—Marqués de Minasol.—Mata y Alós.—Collado.—Pimentel.—Conde de Zaldívar.—Haros.—Olafeta.—Marqués de Oviedo.—Marqués de Castellanos.—Zúñiga.—Alvarez (D. Cirilo).—Duque de Medinaceli.—Marqués de Perales.—Marqués de Santa Cruz de Rivadulla.—Marqués de Monreal.—Marqués de Miraflores.—Marqués de Vallehermoso.—Marqués de Novallas.—Duque de San Carlos.—Vaamonde.—Cerrajería.—Duque de San Miguel.—Conde de Puñonrostro.—Ferrer.—Zabala.—Ros de Olano.—Conde de Clonard.—Ezpeleta (D. Fermín).—Calonge.—Conde de Velarde.—Iriarte.—Ezpeleta (D. Javier).—Rodríguez Camaleño.—Aleson.—San Miguel (don Santos).—Marqués de Almonacid.—Marqués de Molins.—Marqués de Malpica.—Conde de Oñate.—Marqués de Campo-Verde.—Sainz de Andino.—Arrazola.—Duque de Sevillano.—Marqués de Valmediano.—Conde de Guendulain.—Ezpeleta (don Joaquín).—Conde de Adanero.—Santillán.—Duque de Bailén.—González.—Conde de Valle.—Infante.—Conde de Villafraña de Gaitan.—Victoria de Lecea.—Marqués de Alcañices.—Ferraz.—Conde de Campo-Alanje.—Conde de Villanueva de la Barca.—Tejada.—González (D. Antonio).—Baeza.—Marqués de Claramonte.—Sierra.—Marqués de Sanfelicis.—Duque de Abrantes.—Cantero.—Ruiz de la Vega.—Huet.—Conde de Torre-Marín.—Conde de Lalaing y Balazote.—Sr. Presidente.

Señores que dijeron sí.

Conde de Reus.
El señor Presidente: Orden del día para mañana: continuación del debate pendiente sobre el proyecto de contestación al discurso de la Corona. Se levanta la sesión.
Eran las seis y veinticinco minutos.

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR MARTÍNEZ DE LA ROSA.

Extracto de la sesión celebrada el día 14 de diciembre de 1855.

Abierta a las tres menos cuarto, se leyó el acta de la anterior, y fué aprobada.

El Sr. Rosique: No he oído mi nombre entre los

que han jurado, y deseo que conste en el Diario que voté.

El señor barón de Córtes elegido por los distritos de Chelva y Murviedro, anunció que optaba por el primero.

Se leyó la lista de los señores que han presentado últimamente sus actas.

Pasaron a la comisión varias reclamaciones sobre actas electorales.

Juraron y tomaron asiento, los señores Mayans, marqués de Pidal, Moreno López (D. Eugenio) y otros tres señores diputados.

ORDEN DEL DÍA.

Sorteo de secciones.

Se procedió, con arreglo al reglamento, al sorteo de las secciones.

Verificado este, el señor ministro de Hacienda subió a la tribuna, y leyó los siguientes proyectos de ley:

1.º Los presupuestos generales del Estado.

2.º Autorizando al gobierno para una negociación de 2,000 millones de reales, aplicables a gastos extraordinarios, con la garantía de los bienes nacionales.

3.º Regularizando el pago y entrega de los valores de caminos de hierro.

4.º Autorizando al gobierno para plantear los presupuestos desde 1.º de enero próximo, sin perjuicio de las alteraciones que hiciesen en ellos las Cortes.

5.º Dictando reglas para la redención de censos y foros del Estado y corporaciones civiles.

6.º Aprobando los créditos extraordinarios, suplementos y transferencias, correspondientes a los presupuestos de 1857 y 1858.

Y 7.º Aprobando las cuentas generales del Estado de 1857.

El Sr. Vicepresidente (marqués de la Vega de Armijo): Estos proyectos pasarán a las respectivas comisiones, una vez que se hayan nombrado.

Juró y tomó asiento el señor González Brabo, que ingresó en la 6.ª sección.

El Sr. Vicepresidente (marqués de la Vega de Armijo): Orden del día para mañana: después del despacho ordinario, se reunirán las secciones para constituirse.

Siguió una breve discusión sobre asuntos reglamentarios, en que tomaron parte los señores Olózaga, Vega Armijo, Lasaia y Bayarri.

Hecha la pregunta de si se reuniría mañana el Congreso en secciones para constituirse, se declaró afirmativamente.

El Sr. Vicepresidente: Se levanta la sesión.

Eran las cinco.

CORREO ESTRANJERO.

El Times espone el plan de la nueva campaña que lord Clyde acaba de abrir en la India, y espera que esta campaña va a dar el último golpe a la insurrección. Está persuadido de que el ejército inglés, obrando en un teatro muy pequeño y conforme a un plan que le parece hábilmente combinado, conseguirá sin gran trabajo dispersar los últimos restos del ejército rebelde. Según este periódico, se trata de saber si el enemigo será vencido definitivamente, o si escapará con la fuga o la derrota; pero cree que se han tomado todas las disposiciones necesarias al efecto. El periódico inglés concluye declarando que, al finalizar esta campaña, la India, pacificada y tranquila, no tendrá necesidad de que la guarde un ejército de 100,000 europeos, y que va a abrirse una nueva era para el imperio indio en la Gran Bretaña.

Dicen de Berlín que es probable que la administración de la marina prusiana va a ser objeto de un arreglo definitivo. El príncipe Hohenzollern, provisionalmente encargado de este servicio, como antes lo estaba el señor Manteuffel, trabaja para colocar un jefe responsable a la cabeza de esta administración, y se cree elegirá para ello al vicealmirante Schoderer. En este caso, el príncipe Adalberto conservaría, en calidad de almirante, el mando superior de la misma.

El príncipe de Gales ha debido salir de Berlín, el sábado 11 del corriente, para ir a visitar a su tío, el duque de Coburgo; desde allí marchará directamente a Londres.

No es solamente en España donde se está tratando de llevar a cabo la reforma administrativa; también el gobierno prusiano va a presentar a las cámaras proyectos de ley para arreglar la organización de los ayuntamientos, de los círculos o distritos y de las provincias. Parece que no se presentará este año el proyecto de ley sobre el casamiento. También se desmiente la noticia de que iba a darse una nueva ley sobre contribuciones, y que estas iban a ser aumentadas. Los que tal han creído se fundan en las palabras del regente sobre la creación de una fuerza militar suficiente; pero esto no será motivo para el aumento que se ha anunciado.

Se ha concedido en San Petersburgo autorización a un particular para que p bligue el Diario de San Petersburgo redactado en francés. Este periódico tomará desde 1.º de enero las dimensiones de los mayores periódicos, y modificará completamente su redacción. En lo sucesivo comunicará a Europa todo lo que pase interesante en Rusia, tanto en política como en literatura, artes y comercio.

Los periódicos rusos hablan mucho del camino de hierro que debe unir el río Amor con la bahía de Castris. Está visto que la Rusia quiere a toda costa asegurar su dominación en aquella parte del Asia, para que le sirva de escala para sus adelantos de conquista pacífica en aquellas regiones.

El Correo autógrafa publica los siguientes despatches:

«Londres 14.—En el último encuentro la caballería inglesa no pudo perseguir a Tania y a sus tropas, a consecuencia de la escabrosidad del terreno.

Algunos periódicos de esta hablan de una nota relativa a los rumores de una próxima guerra con

Austria, dirigida por Cavour a los representantes de Cerdeña en el extranjero.

La guerra no parece probable.
«Paris 14.—Una bala de vidrio llena de pólvora y guijarros fue el proyectil arrojado al kaimakan de Moldavia, mientras dormía la siesta. Solo destruyó los muebles de la habitación. El criminal no ha podido ser descubierto todavía.

A las dos y media de anteaer fué recibido en audiencia particular, como ya hemos dicho a nuestros lectores, por S. M. I., el embajador de España, con el ceremonial de costumbre. Desde el arco del triunfo hasta la puerta del palacio, formaba la fila un regimiento de zuecos al mando de un general. El emperador al contestar a las palabras del señor Mon, demostró el mas vivo interés por nuestra familia real y por la prosperidad de España.»

E. de Soto.

CRONICA DE PROVINCIAS.

—En grande el adelanto de las obras del ferrocarril de Córdoba a Sevilla. Existen en la primera ciudad seis locomotoras y ochenta vagones, esperándose dos mas de las primeras, así como los vagones para el pasaje; los cuales vienen de camino. Están ya colocados los palos para el telegrafo eléctrico, y colocándose los alambres en una extensión de doce leguas. Se han armados doce aparatos de estación, y se trabaja en todas las provisionales de la línea. La línea se halla concluida hasta el Guadalquivir y terrellenada hasta Córdoba, ocupándose en toda su extensión considerable número de trabajadores, con mucha actividad. Finalmente, se asegura que en el momento de recibirse los coches, se pondrá en explotación la línea hasta Lora.

—En Tarragona se ha celebrado con extraordinaria pompa la festividad de la Inmaculada Concepción, oficiando de Pontifical por la mañana el Excmo. é Ilmo. señor arzobispo.
—La diligencia de Granada ha sufrido en el barranco llamado de Corchel, en la provincia de Jaén, un serio percance que ha puesto en peligro la vida de los nueve viajeros que conducía.
Las frecuentes lluvias de estos últimos días han aumentado considerablemente el caudal de aguas que pasa por dicho barranco. El carruaje no podía adelantar un paso, a pesar de las caballerías, y se vió en un instante lleno de agua que entraba por las portezuelas. La guardia civil y algunas personas caritativas, prestaron socorro a los viajeros, cuyas vidas lograron salvar con riesgo inminente de las suyas.

—Sevilla ha celebrado de una manera altamente religiosa la fiesta de la Purísima Concepción. En la noche del 7: según dice El Porvenir, apenas había casa cuyos vecinos no se hubiesen prestado espontáneamente, y sin otro aviso que su devoción a iluminar los balcones y ventanas.

—En Sevilla se ha inaugurado un tercer casino, con el título de Círculo de Recreo.

—En la playa de Olías, provincia de Guipúzcoa, encalló hace pocos días un pailebot con cargamento de aceite, cera y otros géneros de mucho valor. A pesar de los esfuerzos que se hicieron para poner el buque a salvo, no se consiguió, y se tendría que proceder a sacar la carga. Ninguna desgracia personal había ocurrido a bordo.

—Asegúrase que ha llegado a Barcelona mister John Fuller, el inventor del telegrafo calculador.

—El señor arzobispo de Tarragona, acaba de dirigir una exhortación pastoral al venerable dean y cabildo, clero y pueblo de su diócesis, doliéndose de los crímenes que con frecuencia horrozan a la sociedad. «Sabemos, dice el venerable prelado, que nunca estuvo el mundo poblado de santos, y que en todos tiempos han existido delitos y delinquentes; pero confesamos, a fuer de imparciales, que en los nuestros se han multiplicado y crecido, tomando proporciones espantosas.»

E. de Soto.

CRÓNICA GENERAL.

—Estoy a oscuras.
No ocurre nada que importe hacerse de ello mención, aparte algun resbalon del que se escurre en la corte.

Sigue enlodada la villa, las calles de noche a oscuras, y metida entre estrechuras la infelice gaceta.

Que habiendo sesiones largas en el Senado y Congreso, me quitan a mí con eso el original por cargas.

Mas con todo, no apurarse; que los medios sabré hallar en gacetas de hablar si algo digno hay de contarse.

Que aunque me halle entre estrecheces reducido de tal modo, es, sin embargo de todo, mas el ruido que las nueces.

—Muerte y reunión.—El periódico literario de teatros, que con el título de El Proscenio se publicaba en esta corte, ha cesado de ver la luz pública, refundiéndose en Nosotros, de cuyar redacción forman hoy parte los que escribían aquel.

Desémosle la vida y la prosperidad que al Times.

—¿Quién canta?—El deliciosísimo Diario de Avisos nos enaja uno que empieza así: «Se venden ruiseñores, cantando, muchos de cañandria, etc.»

El otro día nos dijeron en confianza, que un personaje muy conocido en Roma, andaba de ocultas por la redacción del Diario.

Casi lo vamos creyendo.

—Nuevo teatro.—Dentro de breves días, tenemos entendido, que se va a abrir el teatro de Lope de Vega, con una compañía de cuadros vivos de lo mejor que hasta ahora se ha visto, y una de verso muy regular.

Las obras todas nuevas que se han de poner, y los gastos que la empresa está haciendo para presentar el espectáculo con todo el aparato necesario, creemos le aseguren una asistencia continua por parte del ilustrado público de Madrid.

También se ha resuelto dar en el mismo teatro algunos bailes.—El primero tendrá lugar el 16 del actual, no habiéndose omitido alguno con el fin de presentar los salones con elegancia. Dirigirá la orquesta el acreditado profesor señor Capdevilla,

que en union de otros 30 obsequiará a los concurrentes con música completamente nueva y del mayor gusto. Se estrenará una decoración, nueva en su género, pintada por el reputado Sr. Tomás, autor del monumento de San Luis. En una palabra, el teatro ofrecerá un magnífico golpe de vista, iluminado profusamente y adornado con el mayor gusto.

—Otro anuncio.—Si no mienten los informes, en vez de La casa deshabitada, cuya primera representación anuncian varios diarios para la tarde de Navidad, se hará, según tenemos entendido, El conde de Andorra, preciosa zarzuela que hace tiempo no se ha puesto en escena.

El juramento se estrenará, según todas las probabilidades, la noche del 20.

—Timbre.—El importe total de los derechos de timbre, satisfechos por los periódicos de Madrid en el mes de octubre, asciende a 41,463 rs.

—No la comprará.—La magnífica posesión, conocida con el nombre de dehesa del Rincón, distante siete leguas de esta corte, y que tiene mas de cuatro leguas de perímetro, tasada en cuatro millones y pico de reales, va a ser anunciada para la venta en uno de estos primeros días.

—No será socio.—Se está trabajando en la construcción de un casino industrial de minería, sobre bases que han de proporcionarle solidez y larga vida. Parece que todas las diligencias que se han practicado para encontrar un local a propósito para dicho casino han sido infructuosas, y se ha tenido que cerrar un nuevo trato con los dueños de los espaciosos salones donde estaba el antiguo Círculo. A estos salones se les dará otra distribución, y se amueblarán y adornarán con la elegancia indispensable a un establecimiento de este género, y propia de las personas que han de frecuentarlo.

—Para turron.—Están llegando al banco considerables cantidades de metálico, destinadas al pago del semestre.

El día 20 del actual se abrirá dicho año, a fin de que haya el tiempo suficiente para que todas las clases reciban su mensualidad antes de la próxima Pascua.

—Se abrirá pronto.—Ya se están colocando los altares en la nueva iglesia del Hospital de los franceses, calle de las Tres Cruces, y parece que muy pronto quedará abierta al culto público.

—Pollada.—Siendo muy frecuentes las pendeias entre los estudiantes cuando salen de la universidad central, convendría que durante las horas en que están abiertas las aulas circularan algunos dependientes de la autoridad por la calle Ancha de San Bernardo y sus inmediatas, a fin de evitar estos sucesos, cuyos resultados pueden ser desagradables.

—Campanillas eléctricas.—Los hermanos Valat, que viven calle de Santa Agueda, núm. 6, taller de máquinas y cerrajería, han inventado un sistema nuevo de campanillas electro-magnéticas, que ofrecen grandes ventajas domésticas sobre las modificadas hace algun tiempo por los mismos hermanos. Para encarecer la utilidad de estas campanillas, basta decir que previenen los incendios, robos, ensayos de llaves falsas, etc., cosa que las recomienda eficazmente en estos tiempos en que los rateros no se duermen en las pajas.

—Leña y polvo.—El que guste adquirir estos dos géneros perfectamente empaquetados con su sello de la hacienda, y su precio estampado en letras de molde, como dice un nuestro buen amigo, no tiene más que pasar a un estanco y tomar una llamada onza de tabaco picado (a) cajetilla, seguro de que por el corto interés de nueve cuartos llevará palos, polvo y un resto de veneno llamado tabaco habano y filipino.

E. de Soto.

CRÓNICA RELIGIOSA.

SANTO DE HOY.

San Ireneo y compañeros mártires.

Cultos.

Cuarenta Horas en el segundo monasterio de S.ª lesas, donde se celebra función a la Purísima, su fiesta, con misa mayor a las diez, y pangeigico que dirá D. Basilio Sánchez Grande, y por la tarde rosario, gozos, letanía, Salve, preces Santo Dios y 1.ª reserva.—Sigue la novena de María Inmaculada en los templos siguientes, predicando: en San Pedro, a la misa mayor D. Pedro Quilez, y por la tarde don Emilio Moreno Cebada; y en Santa María, solo por la tarde D. Juan García Rodríguez.—Concluye la novena de la Purísima Concepción de Nuestra Señora, y serán oradores: en los Italianos, a la misa mayor D. José María Anglés, en los ejercicios de la noche el Excmo. señor arzobispo de Cuba; y solo por la noche en el oratorio de Cañizares, D. Francisco Maruri.—También continúa la novena de Nuestra Señora de Loreto en su iglesia, siendo orador por la mañana D. Miguel Galvez Fernandez, y por la tarde D. Gregorio Montes.

Se reza de la octava de la Purísima Concepción, con rito doble y color blanco ó azul, haciéndose conmemoración del Adviento.

ESPECTÁCULOS.

REAL.—A las ocho y media de la noche.—Macbeth, ópera en cuatro actos.

PRINCIPE.—A las ocho de la noche.—El drama nuevo en cinco actos y siete cuadros titulado Odio de raza.

CIRCO.—A las ocho de la noche.—El drama de espectáculo en ocho cuadros titulado El hijo de la noche.

Los papeles de duque Seylla y de Ben-Leila están a cargo del primer actor D. Joaquín Arjona.

ZARZUELA.—A las ocho de la noche.—Sinfonía.—El relampago.

NOVEDADES.—Hoy ni mañana no hay función para dar lugar a los ensayos del drama nuevo en tres actos y en verso, original, titulado Cid, Rodrigo de Vivar, cuya primera representación, que se verificará el viernes próximo, será a beneficio del primer actor D. Pedro Delgado.

CASINO MATRITENSE.—Esta sociedad celebra el cuarto baile de máscaras hoy miércoles de nueve y media a dos de la madrugada en los salones de calle de Capellanes.

Los señores socios que no hayan recibido sus acciones pueden pasar a recogerlas a la secretaría, establecida en el mismo local, desde las diez de la mañana hasta las nueve de la noche.

EDITOR RESPONSABLE, C. El conde de Maule.

MADRID, 1855.

Imprenta de D. Francisco Dávila,

Calle de Pizarro, número 3.